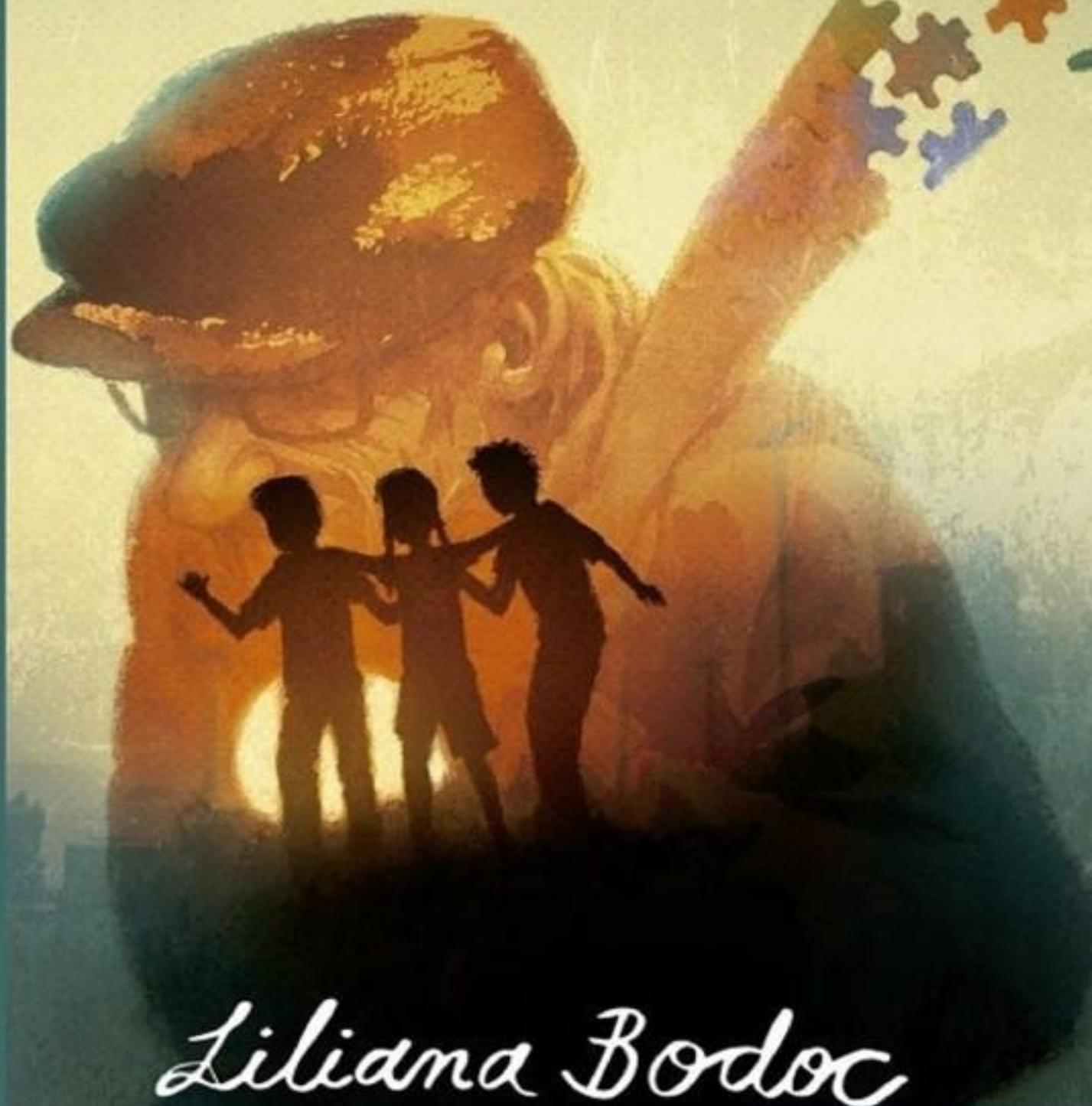


EL MAPA IMPOSIBLE

ILUSTRACIONES: POLY BERNATENE



Liliana Bodoc

de

Lectulandia

Tres chicos se embarcan en una búsqueda peligrosa: deciden trazar los límites y regiones del Mapa Imposible, una geografía de la mente y de la emoción, de la vida y de la muerte, no lugares llenos de fuerza y energía que todos atravesamos pero que pocos valientes se atreven a explorar.

Lectulandia

Liliana Bodoc

El mapa imposible

ePub r1.0

diegoan 03.07.2018

Título original: *El mapa imposible*

Liliana Bodoc, 2008

Ilustraciones: Poly Bernatene

Editor digital: diegoan

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LOS NOMBRES Y LA MUERTE



El anciano tenía un nombre. El mismo que le habían puesto al nacer. Aunque, con el paso del tiempo, su nombre bautismal había sufrido algunas modificaciones.

En los lejanos años en que su madre lo esperaba con los brazos extendidos mientras él daba los primeros pasos, riendo de miedo, su nombre era un sonido incomprensible de tanta miel y tantos diminutivos, y tantas palabras para alentarle: A ver, Juliancito, bebé precioso, amor chiquitito, venga con mamá.

Cuando fue a primer grado, su nombre se transformó en una larga cadena de letras y guiones que llegaba hasta el final de la página. A veces, sin acento. A veces, sin mayúscula: Julián-Julián-Julián... ¡derechito, sin salirse del renglón!

A los veinte años, Julián tenía más jota que ninguna otra casa. Será porque la jota tiene un sonido heroico, y pasa como el viento de verano.

Con el paso del tiempo se agregaron tres letras a su nombre. Y Julián empezó a llamarse don Julián. Era eso, o abuelo. Y no había nada que él pudiera hacer para evitarlo.

—Buenas tardes, don Julián —le dijo una vecina^[1]—. ¿Qué está haciendo en la plaza con tanto frío?

—No tengo frío. Estoy recordando, y los recuerdos son un buen abrigo.

—¡Usted siempre tan poeta! Dígame, don Julián, ¿sabe su hija que está en la plaza?

La vecina se marchó sin esperar la respuesta. Y don Julián pudo seguir con sus recuerdos.

Sin duda, el mejor momento de su nombre había sido cuando tenía once años. Él tenía once, Diego también. Y Lila tenía diez. «Diez para los doce», decía Lila, que solía utilizar una lógica extraña.

El anciano, sentado en la plaza, estaba pensando que aquel había sido el mejor momento, porque entonces sus nombres sonaban como contraseñas. Sonaban como alias de espías o bandidos.

Julián, el que se adentró solo en el territorio de la fiebre.

Diego, el que recorrió las calles de la casualidad.

Lila, la que descubrió una bandada de pájaros sábana.

Julián, Diego y Lila los que, sin imaginarlo, ayudaron a salvar un ángel.

—¡Abuelo! —Su nieta le tocaba el hombro—. Abuelo, dice mamá que vuelvas a casa.

Era seguro que esa vecina charlatana había ido a cumplir con su deber de informar que don Julián estaba tomando frío en un banco de la plaza.

—Si tu madre dice que vuelva, entonces vuelvo.

El abuelo y su nieta caminaron hasta la casa tomados de la mano.

—¿Cómo me llamo? —preguntó el anciano.

—Abuelo.

—No te estoy preguntando cómo me llamás vos, sino cómo me llamo en verdad.

—¡Ah, eso! —La niña se quedó pensando—: don Julián.

Apenas don Julián entró a su habitación, buscó el cuaderno a rayas^[2].

—Hoy mismo tendré que hacerlo —murmuró.

Lo que el anciano debía llevar a cabo era doloroso. Tenía que arrojar al fuego aquellos buenos años de su vida. Y eso era como arrojar al fuego las trenzas de Lila, la mirada casi gris de Diego. Era como decirle a la muerte que ya podía desensillar.

De Lodos modos, el feo asunto de quemar sus once años ya no podía demorarse. Don Julián cerró los ojos. Quería recordar, por última vez, el tiempo en el que había sido capaz de creer en lo que está más allá de las apariencias.

—¡Que el secreto muera con el último de nosotros! —repitió en la soledad de su habitación.

Pero antes de hacer lo que estaba pensando, don Julián se distrajo recordando un viejo juramento.

—Juro guardar este secreto, aunque me atornillen las uñas —dijo Diego. Y puso su mano sobre la mesa.

—Juro guardar este secreto, aunque las trenzas se me llenen de hormigas coloradas —dijo Lila poniendo su mano sobre la de Diego.

—Juro guardar este secreto, aunque me cosan los párpados con hilo y aguja —dijo Julián. Y su mano cayó sobre la mano de Lila, sobre la mano de Diego, sobre la mesa.

—Y bien —dijo don Julián parado frente a la chimenea de su cuarto—. Mis queridos amigos no están aquí. Me toca realizar esta última tarea.

En ese momento, para fortuna de la ciencia y también de la magia, para fortuna del conocimiento, don Julián oyó a su nieta llamándolo:

—¡Abuelo! —gritó la niña—. Dice mamá que bajas a cenar.

—Ya voy...

—Dice que te apures, porque se enfría la carne.

¿Qué pasa con la gente, que tanto se asusta del frío? ¡Cuidado con el frío de la plaza! ¡Cuidado con el frío de la cena!

Don Julián movió la cabeza con desilusión. Cada día se convencía más de que habían hecho muy bien en decidir que las evidencias debían desaparecer sin dejar rastros. ¡No era posible revelar semejantes secretos a personas que se asustaban de algo tan simple y natural como el frío!

—Es una buena decisión —pensó el anciano.

Iba a aprovechar el impulso de aquel pensamiento para hacer lo que debía, pero la voluntad no le respondió. Era urgente que inventara una mentira para sí mismo, se la contara y se la creyera:

—No es conveniente dejar tanto papel ardiendo sin nadie que esté vigilando. Lo haré antes de acostarme.

Volvió a colocar el secreto en su sitio, y bajó a cenar.

—Si tu comida se enfrió, puedo recalentarla —ofreció su hija.

—Está bien así.

—Si tenés frío, puedo cerrar la ventana.

—Está bien así.

Un poco más tarde, la hija de don Julián consideró que era tiempo de que el anciano se metiera en la cama.

—Papá, es hora de que te vayas a descansar.

«Es hora de quemar sus trenzas», pensó el anciano. Y fijó los ojos en el televisor aparentando interés en las noticias. Pero su hija era una mujer metódica e insistente:

—Papá, ¿me estás escuchando? Es hora de que te vayas a descansar.

—No estoy cansado.

—Papá, ¿estoy viéndote la cara!

Suerte que le veía la cara, y no el alma. Porque en el alma de don Julián estaba escrito su secreto con letra redonda y prolija.

Todo estaba escrito allí con letra de Lila. Él recordó que Lila se mordía la punta de la lengua para escribir.

—¡Papá!, no me hagas repetir las cosas como si fueras un niño —insistió su hija.

Era inútil discutir con ella... El anciano besó a su nieta. Los dormitorios estaban arriba y, esa noche, las escaleras llegaban al cielo.

—Ahora sí ha entrado frío a esta casa. —Don Julián se apoyó en la baranda de madera oscura.

Su corazón viejo se le cayó al fondo del pecho, como si se hubiese soltado el clavo que lo sostenía. Todo se puso oscuro. Oscuro más allá de la baranda, más allá del techo, más allá del rostro de su hija que estaba gritando algo.

—¡Papá, por favor!

«Papá, por favor». ¡Gomo si él pudiera hacer algo! Si ni siquiera había podido sujetarse con las manos en la baranda de la escalera.

Cuando don Julián abrió los ojos, estaba acostado en su cama. De inmediato, supo que esa era la última vez que despertaba. Su hija y su nieta estaban a su lado. Entre las dos no lograban completar una sonrisa.

Afuera de la habitación, algunas personas estaban hablando con voz baja y esponjosa. La misma voz con la que hablarían las fotos antiguas, si pudiesen hacerlo.

La mirada de don Julián cayó sobre el cajón donde guardaba el cuaderno a rayas. ¡De alguna manera tenía que levantarse, y arrojarlo al fuego! ¡De algún modo tenía

que encontrar fuerzas para hacerlo! Sintió que estaba logrando incorporarse. Trabajosamente consiguió sentarse en el borde de la cama y ponerse de pie. Ahora solamente faltaba dar tres pasos.

A don Julián le pareció muy extraño que su hija y su nieta, que seguían junto a él, no intentaran detenerlo.

Un golpe de lucidez le hizo comprender que seguía acostado en su cama, sin haber logrado mover ni un músculo. ¡Pura ilusión de moribundo! El cuaderno de los secretos seguía lejos de su alcance.

El corazón de don Julián estaba atado a la vida por un hilo de sangre que se iba adelgazando. Una ambulancia cruzaba esquinas como un pájaro blanco.

El secreto estaba a pocos pasos de su cama; pero el hilo de sangre no podía estirarse tanto.

Don Julián quiso hablar con los ojos; quiso contar la historia de tres niños y un secreto. Y ya no pudo hacerlo. «Tal vez, debí contarlo antes», pensó.

Se escuchó la sirena de la ambulancia que llegaba. Su hija salió de prisa.

En la habitación quedaron don Julián, su nieta y un delgadísimo hilo de sangre.

Entonces sucedió algo imprevisto. Su nieta, igual que muchos años atrás lo había hecho Lila, se acercó a su oído para hacerse entender:

—Yo leí tu cuaderno, abuelo. Lo leí muchas veces. No tengas miedo... A lo mejor, la muerte también es un lugar, y tiene plazas, y tiene amigos^[3].

Los pensamientos del anciano tardaban en tomar forma, eran igual que figuras brumosas que andaban por su cabeza en cámara lenta. ¿Sería posible que su nieta fuera una digna heredera del secreto...?

La habitación de don Julián se enfrió de pronto. La muerte se movía con la precisión de un enfermero.

Y el hilo de sangre cada vez más delgado, hilo que casi..., que ya no podía estirarse, que se hacía transparente donde iba a romperse, donde iba a romperse... Donde se rompió.

LOS EXPLORADORES



Empezó con tres niños que vivieron en el mismo barrio, así de simple. El mismo barrio, la misma escuela. Sus madres conversaron cada mañana en el almacén, sus hermanos mayores se despreciaron y sus perros orinaron los mismos umbrales.

Empezó con dos niños de once años intentando burlarse de una niña que hacía morisquetas frente a una vidriera.

Julián y Diego caminaban hacia la plaza pateando una lata abollada. Sobre la vereda amarilla, la lata hacía más ruido que sobre la vereda roja. La lata que habían elegido ese día conservaba un pedazo de la etiqueta que alguna vez había anunciado con orgullo: Duraznos en Almíbar. El resto era una contorsión oxidada que rodaba desde las zapatillas de Julián, duraznos en almíbar y óxido, hasta las zapatillas de Diego. Y de inmediato regresaba, óxido y duraznos. Iba y volvía, almíbar y óxido.

Julián fue el primero en verla. Era nueva en el barrio, y encima usaba trenzas.

Era niña, era nueva, usaba trenzas... y estaba parada frente a la vidriera de la mercería haciendo gestos extraños con las manos y la cara.

La habían visto muy pocas veces desde la llegada de su familia al barrio. Y nunca de cerca. Ahora tenían una gran oportunidad para hacerle saber que ellos eran los dueños indiscutidos de las veredas.

Las manos de Lila caminaban por la vidriera, como arañas. Torcía la nariz y la boca. De repente, dos niños aparecieron en el reflejo. Lila no se sobresaltó; ni siquiera se dio vuelta para mirarlos. Al contrario, continuó maltratando con sus muecas a una preciosa muñeca vestida de azul, que estaba sentada sobre su correspondiente caja. La muñeca parecía la reina de las puntillas y las cintas, la santa de los carreteles de hilo, la heroína de los alfileres.

—¡Está haciéndole burla a una muñeca!

Julián y Diego querían dejar muy claro que eran malos, que la detestaban por innumerables motivos, empezando por las trenzas. Y que no se detendrían hasta hacerla llorar.

—¡Está haciéndole burla a una muñeca!

Ellos esperaban que la nueva se diera vuelta con cara de niña y, toda colorada y quejosa, preguntara por el motivo de la lisa. Cuando eso ocurriera, ellos podrían reírse con mayor impiedad.

Así el asunto seguiría creciendo hasta que la de trenzas saliera corriendo ¡Con un poco de suerte, hasta se tropezaría antes de doblar la esquina!

Pero Lila era Lila. Se puso seria. Ni enojada ni avergonzada; solamente seria. Y les habló a los dos niños que seguían retorciéndose de risa en el reflejo de la vidriera.

—Se ríen —afirmó Lila.

¡Una afirmación, en ese caso, no tenía sentido! Se ríen... ¡Eso no ayudaba en absoluto para el ataque final!

No obstante eso, Diego y Julián intentaron avanzar con la hostilidad. Pero la carcajada que conseguían armar era tan estúpida que ni ellos mismos pudieron soportarla. Además, la niña continuaba dándoles la espalda; y eso los dejaba sin estrategia.

—¿Por qué estás peleando con una muñeca? —preguntó Julián.

Diego lo miró con desaprobación. Lo que su amigo acababa de decir tenía más de interés que de crueldad.

—Porque está vestida de azul, pero es mentira que está enferma.

Recién entonces Lila se dio vuelta. Su rostro era casi tan simple como el de la muñeca. Aunque un poco más blanco.

—Nosotros íbamos para la plaza. —Diego Lardó meses en comprender por qué había invitado a Lila ese día.

Los tres niños empezaron a caminar sumidos en ese silencio avergonzado de los que recién se conocen pero saben que van a quererse para siempre.

—Él se llama Diego —anunció Julián.

—¿Y quién te preguntó? —Diego quería pelear con alguien para defenderse de la vergüenza.

—Yo pregunté —dijo Lila. Y a nadie se le ocurrió que estuviera mintiendo.

—Él se llama Julián —anunció Diego.

—Y yo, Lila.

Incapaz de soportar en silencio el extraño sentimiento que tenía, Julián abrió la boca para decir algo. Cualquier cosa:

—Pero a todas las niñas les gusta jugar con las muñecas.

Lila negó con la cabeza:

—No —dijo—. A todas las muñecas les gusta jugar con las niñas.

Entonces, los malvados del barrio tuvieron miedo. Algo había que hacer para recuperar el coraje.

—De acá a la plaza corriendo —propuso Diego.

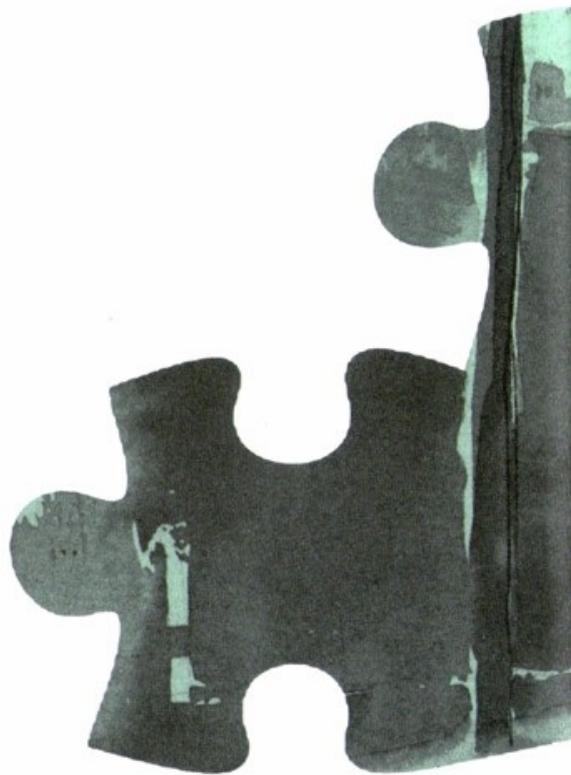
—Una de mis piernas no sabe correr —respondió Lila.

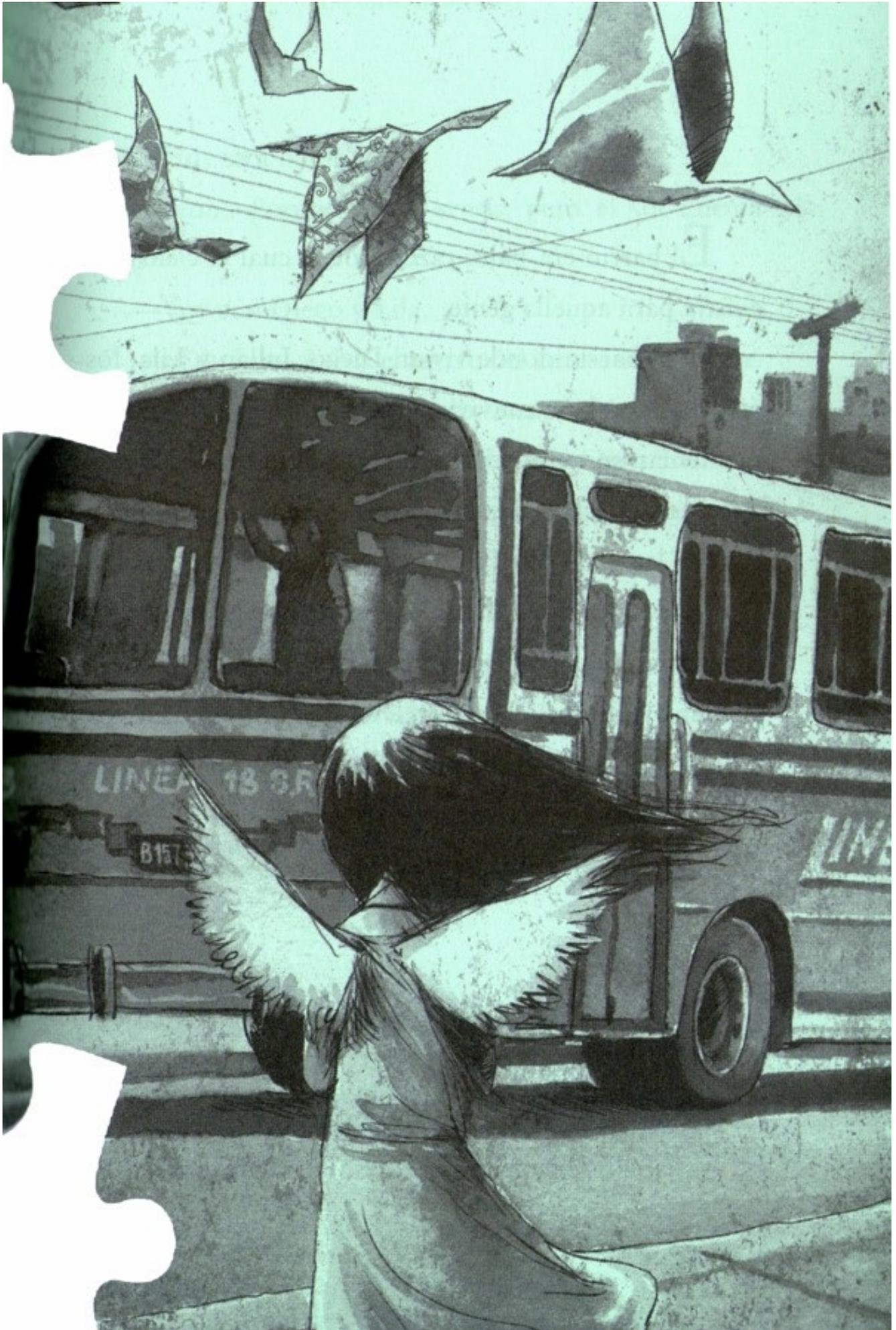
Desde ese día, fue habitual verla caminar entre Julián y Diego, vereda arriba, vereda *abajo*, pateando latas con el pie derecho, arreando hormigas, saltando charcos cuando la ayudaban... Jugando un juego que nunca terminaría.

EL PRIMER PASILLO

«Ahora sabemos que aquello era la siesta, un lugar donde la gente se dedica a esperar o a destruir».

Diario de los exploradores





El barrio era bajo, razón por la cual el cielo aún existía para aquella gente.

En el barrio donde vivían Diego, Julián y Lila, los árboles lograban convivir con los cables, las veredas mantenían su sentido placentero. Y el ruido de las persianas metálicas bajándose a las trece en punto, justo cuando las casas olían a comida, instalaba una tregua... Dos horas durante las cuales los espejos ganaban importancia dentro de los ambientes oscurecidos por las cortinas. Mientras algunos televisores contaban en voz baja, para no despertar a los durmientes, historias de amor con nombres propios exagerados.

Julián avisaba que se iba.

—¿Adónde?

—A jugar.

—¿Con este calor...?

—Yo no tengo calor.

Entonces el adulto repetía con resentimiento:

—«Yo no tengo calor». Y después venís insolado...

—Hoy está nublado.

—Peor... Porque no lo sentís, pero el sol quema igual.

—Voy con Diego y Lila.

—¿Con Lila...? —Y el rostro del adulto se dulcificaba, como si estuviese reflejando la expresión de la niña que pocos comprendían pero todos amaban.

La escena, cuestiones más o menos, se repetía en la casa de Diego.

—Voy con Julián y Lila.

—Ah, con Lila.

Tal vez la única diferencia digna de ser mencionada, como un claro gesto del destino, fue que esa vez la tía de Diego, de visita en su casa, sacó de su cartera lo suficiente para tres helados. Y un poco más...

La heladería era lo único vivo a esas horas^[4].

Allí llegaron los tres cuando los relojes del barrio marcaban las catorce con quince minutos.

Diego jamás pedía helados de fruta. Julián siempre demoraba en decidirse más de lo aceptable y acababa eligiendo por vergüenza. Lila pensaba en los colores.

—Cereza y pistachio —pidió ese día.

Mientras duró el helado casi no hablaron, porque el calor no daba tiempo.

—¿Qué podemos hacer?

Como respuesta siguieron caminando. Lila iba en el medio, arrastrando un poquito su pierna pálida.

Cuanto más lejos de la heladería, menor tutela barrial. Un poco después, las cuadras dejaron de ser familiares. Ellos, sin embargo, caminaban como si supieran exactamente hacia dónde iban.

En una bocacalle, Lila se sobresaltó.

—¿Qué pasa?

—Vi una sábana. —Y agregó—: Iba volando.

—El viento la habrá arrancado de la soga —dijo Diego.

Lila se quedó callada. Julián también. No corría viento ese día^[5].

La tarde se ponía oscura... Los nubarrones corrían hacia el mismo lugar del cielo para una reunión siniestra.

Un colectivo amarillo y rojo venía por una calle angosta, haciendo tiempo. Tal vez, el chofer pensó que los niños deseaban subir, y no quiso hacerlos correr hasta la parada. Total, venía demasiado adelantado. Detuvo el colectivo y los animó con una sonrisa.

Ni Julián ni Diego ni Lila fueron capaces de despreciar la gentileza. El vuelto de los helados alcanzaba para los pasajes de ida y de vuelta. Y no tenían nada mejor que hacer.

Subieron, se sentaron en el último asiento.

Lila se arrodilló de modo que quedó mirando hacia atrás. Las pocas personas que viajaban iban dormitando. Todos, menos un hombre alto y delgado, demasiado abrigado para un día de calor.

—¿Cómo se llama cuando muchos pájaros andan juntos? —preguntó Lila.

—Bandada.

—Ahí pasa una bandada de sábanas.

Sus dos amigos giraron por instinto y miraron el lugar del cielo que Lila señalaba. Era verdad. Una bandada de sábanas enroscadas, anudadas de tal modo que semejaban aves de enormes picos y enormes alas, volaban con gracia en la misma dirección que llevaba el colectivo. Casi todos dormían... Diego dijo «Le aviso al chofer», pero Lila se asustó:

—Si le decimos, las van a capturar.

Un rato después, los pájaros tomaron otro rumbo.

El hombre que llevaba puesto demasiado abrigo para tanto calor se levantó de pronto, rozó el timbre con la punta del dedo anular y se bajó mucho antes de que el colectivo acabara de detenerse.

El paisaje alrededor no era amistoso: casas cuadradas y pintadas con el color de la humedad profunda. El aire vaporoso, y ningún árbol.

—Mejor si bajamos acá —dijo Diego—, y tomamos el colectivo que vuelve...

Como era el más capacitado para tratar con adultos se levantó y fue hasta el asiento del chofer, jugando a que perdía el equilibrio.

—¿Por dónde pasa el colectivo que vuelve? —preguntó.

—Caminen por esta calle. —El chofer frenó en la esquina con brusquedad y remató—: Dos cuadras.

Debido a que ya había parado y los miraba por el espejo, Diego, Lila y Julián bajaron casi por obligación. Igual que habían subido.

El colectivo se alejó sin girar a mirarlos. Los grandes pájaros ya no estaban. Y ellos se dispusieron a seguir las indicaciones recibidas: por esa misma calle, dos cuadras.

La calle indicada por el chofer era angosta y estaba flanqueada por paredones.

—Parece un pasillo —dijo Diego.

—Un pasillo triste —dijo Julián.

—Todos los pasillos son tristes —respondió Lila.

—¿Por qué? —le preguntaron.

—Porque nadie se queda —y aclaró—, porque todos pasan.

Los tres niños continuaron avanzando sin imaginar que estaban muy cerca de conocer un Lugar en la singular inmensidad del Mapa Imposible^[6].

Cien metros por el pasillo, y llegaron a una esquina. Cien metros más y estaban en la calle por donde pasaba el colectivo que iba a llevarlos de regreso al barrio. La parada no tenía señales, salvo la presencia de una mujer delgada, de pie junto a un poste, que miraba con ansiedad.

—Señora —esta vez habló Lila—. ¿Usted espera el colectivo?

La mujer era tan delgada que no pudo sonreír.

—Sí —respondió.

Diego se dio cuenta de que no sabían qué colectivo estaban esperando.

—¿El que es amarillo y rojo?

La mujer no contestó enseguida, como si hubiese tenido que recordar.

—Sí —respondió—: Ese mismo.

Ningún auto pasaba por la calle, tampoco había autos estacionados. Solamente la insistente mirada de la mujer que esperaba el colectivo hacía suponer que allí existían la dirección, el recorrido, las flechas y los puntos cardinales.

De tanto en tanto, Lila alzaba la cabeza buscando los pájaros de tela blanca.

—¿Adónde tendrán sus nidos? —dijo en voz alta.

El comentario logró que la mujer le prestara atención. Inquieto, Diego le hizo a su amiga un gesto de silencio. Pero como Lila sabía que la curiosidad insatisfecha es difícil de soportar, y no quiso que aquella señora delgada tuviera que convivir con una espina, decidió mentir un poco.

—¿Adónde tendrán sus nidos los colectivos amarillos y rojos?

Tal vez para aliviar el aire absurdo de esa pregunta, tal vez porque empezaba a preocuparse, Julián encontró un modo de llevar el tema hacia un sitio más razonable.

—¿Demoran mucho en pasar?

Como si tomara de pronto la determinación de ser sincera con los tres desconocidos, la mujer abrió su cartera y sacó la foto de un hombre joven y sonriente.

—Yo no espero para subir. Espero que él descienda.

Lila fue la única que tomó en serio la foto y el comentario.

—¿Es su hijo? —preguntó.

—Claro que no. —La mujer se acomodó el cabello con evidente disgusto—: Es mi esposo.

El colectivo amarillo y rojo apareció a lo lejos. Diego buscó en sus bolsillos el vuelto de los helados.

Amarillo y rojo, el colectivo venía tan rápido que parecía anaranjado. Julián hizo seña con anticipación para que se detuviera. Muy rápido, absurdamente rápido para esa soledad y ese silencio. El brazo de Julián se sacudió con insistencia.

—¡Eh...!

Demasiado rápido para pensar que iba a detenerse o, incluso, que se había detenido alguna vez. Julián entendía, al fin, la indignación de su madre cuando un colectivo pasaba de largo, dejándola con el brazo estirado.

—Encima iba vacío —dijo Diego.

—No —respondió Lila—. El hombre demasiado abrigado estaba en el último asiento.

Hubo una breve deliberación entre varones que concluyó en que era mejor seguir caminado por la misma calle. A lo mejor, encontraban otra línea que los llevara de vuelta. O alguna persona, o un kiosco abierto, o un cartel, un policía, un perro...

En respuesta a esa lógica urbana, dos cuadras después apareció otra parada. De nuevo, señalada por la presencia de una mujer delgada y canosa, de pie junto a un poste.

—Es parecida... ¡Es solamente parecida a la otra! —Julián se adelantó para evitar el comentario que Lila estaba a punto de hacer. Y él no tenía ganas de escuchar.

—Porque la otra —se sumó Diego— no tenía el pelo blanco.

Cuando pasaron junto a la mujer, Lila fue la única que pudo mirarla.

Dos cuadras después, otra parada. Y otra mujer de pie junto a un poste, delgada, canosa y sostenida en un bastón.

Con el único fin de no pasar junto a ella, Julián se detuvo para ajustar los

cordones de las zapatillas. Mientras tanto, Diego tuvo tiempo de inventar otra excusa.

—Si te duele la pierna nos sentamos un rato.

La pierna de Lila había dejado de doler mucho tiempo atrás.

—Está bien —dijo, para evitarles a sus amigos la vergüenza de aceptar que tenían miedo.

Un umbral caliente que alcanzaba para tres fue el lugar elegido.

—Cuando venga el colectivo, corro y lo paro —dijo Diego.

Estaban cansados y sedientos, a causa del sol, a causa del helado. Primero uno, después otro, después los tres apoyaron la cabeza en las rodillas.

—Hola.

Diego, Lila y Julián se irguieron de inmediato. Una niña los miraba sonriente.

—¿Estaban durmiendo?

Ninguno supo qué responder.

Diego calculó que la recién llegada tendría unos ocho años. Julián calculó que tendría siete, y además imaginó la existencia de un hermano varón mucho mayor que ella. Lila pensó que debía ser de esa gente a la que le gustaba dibujar en invierno.

—¿Vivís cerca? —preguntó Julián.

La niña negó con la cabeza.

—Me gusta venir acá mientras espero que mi papá vuelva a casa.

—¿Por qué tenes un collar de botones?

La pregunta de Diego hizo un ruido feo, y Lila intentó suavizarlo.

—Es lindo —dijo.

Animada por el comentario, la niña contó que ella misma se lo había hecho. Y contó que a su amigo también le gustaba, y que su amigo andaba por allí buscando ángeles.

—¿Cómo buscando ángeles? —preguntó Diego.

Pero antes de que pudieran escuchar la respuesta, y cuando ya nadie pensaba en él, un colectivo amarillo y rojo aminoró la marcha hasta detenerse. Primero subió Lila, después Diego, después Julián. La niña del collar de botones les dijo adiós con la mano en alto.

El colectivo pasó junto a otra mujer delgada, joven y rubia, que no lo detuvo para subirse y, en cambio, miró hacia adentro. A diferencia de las otras, esta mujer sonreía. Como si recién iniciara su espera.

El hombre demasiado abrigado cruzó la calle frente al colectivo.

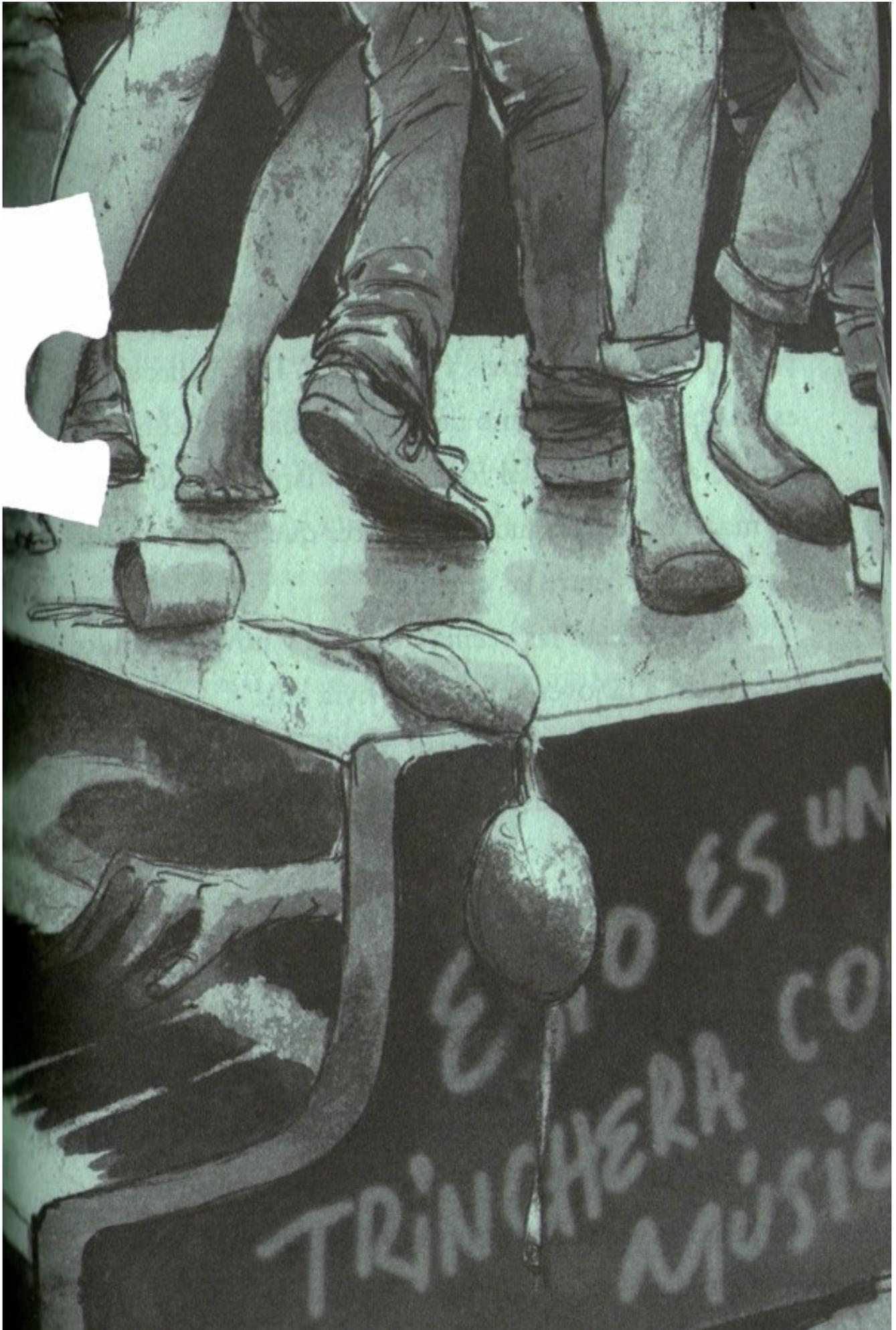
Un poco después reconocieron la avenida que los llevaba de regreso al barrio.

EL SEGUNDO PASILLO

«¿Esto es la adolescencia?, nos preguntamos. Diego y yo acordamos en que se trataba de un lugar extraño».

Diario de los exploradores





Pocos días después, Julián y Diego deambulaban por el barrio. Era viernes y anochecía. El anochecer no es una casualidad, como tampoco podía serlo el hecho de que aquella casa, al fondo de un largo pasillo lleno de macetas, tuviera luces de colores que se adivinaban ciertas noches entre las cortinas.

«Esa», decían las vecinas, madres y novias cuando se referían a la joven mujer que vivía allí.

Por eso no puede decirse que fue casualidad que Diego y Julián no buscaran a Lila ese día... Lo que iban a hacer era solo para ellos dos. En todo caso, para contar en el recreo a los varones del grado.

Habían decidido esperar a que el auto gris estacionara y bajara el hombre de anteojos que siempre traía un paquete de la confitería de la vuelta. Recién entonces iban a avanzar por el pasillo para espiar, escuchar, entender lo que pasaba en aquella casa perfumada y linda como su dueña.

Julián y Diego caminaban despacio. Era seguro que tendrían que dar algunos cuantos rodeos antes de poder entrar.

Julián fue el primero en notar que varias paredes mostraban leyendas pintadas con aerosol. Se detuvo a leer:

«ESTAMOS EN UNA TRINCHERA ABIERTA ENTRE NOSOTROS Y NOSOTROS»^[7].

Aquel anochecer de viernes, Diego y Julián iban camino a espiar lo que no debían. Actitud que, a veces, nos lleva a sitios inesperados.

—¡Otra! —señaló Diego en la vereda de enfrente.

«NUESTRAS ARMAS SUENAN COMO GUITARRAS ELÉCTRICAS».

Parecía que quienes habían pintado esas leyendas se dirigían al mismo sitio que ellos, puesto que aparecieron, como guiándolos, durante todo el trayecto. En otra pared el aerosol había escrito:

«TENEMOS UNIFORMES CON LA LENGUA AFUERA».

Y un poco más allá:

«A VECES NUESTRA TRISTEZA PARECE FURIA».

Cuando llegaron a la casa donde vivía «la mujer esa» que, según decían las madres, las vecinas y las novias, usaba ropa muy costosa, el auto gris estaba estacionado en la puerta. Y por la ventana se veía una luz que no estaba pensada para iluminar, sino para embellecer.

—Vamos. —Diego dio el primer paso. De noche, aquel pasillo parecía más largo de lo habitual. Apenas habían avanzado, cuando una silueta en la ventana los obligó a esconderse detrás de una de las grandes macetas con malvones. Una canción se escuchaba desde la casa.

—Es Charly García^[8] —dijo Julián—. Mi hermana lo escucha todo el día.

A Julián le resultó incómodo que su hermana y la mujer de mala fama tuvieran los mismos gustos musicales.

Fue en ese momento que se hizo oír el redoblante de una batería.

—Es al lado —susurró Diego.

—Sí, es al lado.

Ambos sabían que, desde hacía ya varios años, la casa que lindaba con el pasillo de «esa mujer» estaba abandonada. Los vecinos hablaban de un problema judicial, un caso de herencia que había ido ajuicio...

Las sombras, las arañas y el polvo, que no necesitan permiso de un juez, eran sus únicos habitantes. Al menos hasta ese día. Porque después del toque de los platillos, se oyó claramente una voz que decía:

—Recordemos que ahora el lobo está suelto y el cordero está atado.

El interés de los dos intrusos dejó de ser la ventana iluminada de la mujer de mala fama, y pasó a ser la casa que lindaba con la pared del pasillo. Por suerte esa pared no era alta, de modo que, pisando los macetones, podía verse del otro lado.

En el fondo, grande y lleno de maleza generosamente crecida durante varios veranos, había un numeroso grupo de gente. Algunos estaban sentados en el piso con las piernas cruzadas, al estilo cacique de Hollywood, mirando con atención a un muchacho de *jeans* y remera blanca que, en ese momento, les estaba diciendo que sólo comía sopa de almejas.

—¿Lo ves a tu hermano? —preguntó Julián.

—No —contestó Diego. Y agregó—: Pero ahí está mi primo.

—¡Ahá! —afirmó Julián—. Allá está mi hermana.

Quién sabe si hicieron ruido o hablaron demasiado alto, pero un chico muy delgado y vestido de negro los descubrió.

—¡Eh, loco! —gritó.

Los demás giraron la cabeza para mirarlos. Y los que parecían tener cierta representatividad caminaron hacia la pared donde Diego y Julián empezaban a arrepentirse de aquel anochecer de viernes.

Muchas voces les dijeron que bajaran, y lo hicieron con distintos estilos: bien y mal, con burla y con desconfianza, con alegría y con escepticismo.

—Mejor nos vamos —dijo Diego.

Para qué estaban allí, fue la pregunta implacable que los detuvo.

Los dos niños comprendieron que lo mejor era decir la verdad:

—Para espiar, ¡pero no a ustedes! —se apresuró Julián.

—A la mujer del fondo —completó Diego.

Muchos de los varones presentes sonrieron como si comprendieran o recordaran. De inmediato, y obrando como si los recién llegados no estuvieran, carecieran de ideas propias o fueran cucarachas, comenzaron a deliberar acerca de si aquellos dos ya estarían capacitados para integrarse a sus filas. Las opiniones eran muy diversas. Las chicas, en su mayoría, querían darles una oportunidad.

Por fin, el de *jeans* y remera blanca les dirigió la palabra. Casi enseguida, se sumó un chico de rastas, y una chica de medias coloridas, y el de anteojos oscuros y enormes aunque era de noche, y otra y otro... Julián y Diego se esforzaron por sacar algo en limpio. Y lo que pudieron entender, según quedó asentado en el diario de los exploradores, fue esto:

—Acá no tienen cabida los cobardes...

—Ni los niños.

—Acá no está tu vieja para correr a consolarte.

—Aunque los brazos te parezcan prestados.

—Aunque todo te parezca una mierda.

—A veces te parece una mierda.

—Y otras veces, no.

—Esto es una trinchera.

—Y un espejo.

—Una trinchera con música.

—Un espejo que nos deforma.

—A veces nos deforma.

—Y otras veces, no.

—Para ser de los nuestros hay que saber pelear contra uno mismo.

—Para ser de los nuestros hay que cavar hacia arriba.

—Para ser de los nuestros hay que atravesar descalzos las cenizas de la infancia.

—¿Les da?

No. Ni Diego ni Julián tenían ganas de quedarse allí. Ellos todavía juntaban figuritas, y no era tan malo.

—Igual, van a volver —dijo el de rastas.

Una chica de pelo cortito y ojos enormes habló por primera vez:

—Algunos antes, otros después... Pero todos llegan y todos se van.

Hubo un breve silencio antes del grito.

—¡No es así! —Y un acorde estremecedor—: ¡Algunos nos quedamos para siempre!

El hombre giró en su taburete de piano y saludó. Tenía la risa incompleta y un bigote mitad y mitad.

EL TERCER PASILLO

«Allí entendimos el terrible significado de la Piedra».

Diario de los exploradores





Años después, don Julián recordó aquella tarde pensando que no era difícil ver la maquinación detrás del juego.

Cómo no comprender que la extraña jerigonza que los niños utilizan para determinar puestos en rueda, quién sale y quién entra, quién cuenta y quién se esconde, quién vive y quién muere, proviene de antiguas cábalas. Y que su potencia para atraer la maravilla se renueva a diario en los barrios del mundo.

Ape tei sem brei... Eso debieron entonar las brujas en sus aquelarres azufrados, desnudas en la bruma estival o envueltas en mantas lanudas durante el invierno.

Cómo ignorar que en esa repetición milenaria se oculta la fuerza de una hermandad pagana que, muerta mil veces, vuelve a la vida en esos estribillos incomprensibles. *Ma me mi surquí...* y resucitan las hechiceras.

Los niños juegan en una plaza de París y se oye la corrida de un grupo de mujeres perseguidas en un callejón empedrado del siglo XIV. Juegan los niños en los cerros de Valparaíso y una bandada de cuervos alza vuelo desde las torres de una catedral para presenciar el martirio de Juana de Arco. *Apetei sembrei* en un patio de Guadalajara, *ma me mi surquí* en una esquina de Amberes y al rey le sirven una flor negra como cena. Los niños repiten el cántico en un parque de Roma, los niños vuelven a cantar en un parque de Buenos Aires y las catacumbas transpiran sangre. Cantan en Budapest y en Tegucigalpa, los niños cantan en Quito justo a la hora en que se ponen a hervir, en el mismo caldo, vírgenes sin cabello y cerdos recién nacidos.

—¿A qué jugamos?

—A Las Escondidas.

—¿Quién cuenta...?

Julián y Diego sabían que a Lila le gustaba contar y le dejaron el sitio.

—*Ape tei sem brei...*

El primero en quedar a salvo fue Julián.

—*Ape tei sem brei...*

La segunda fue Lila, que se salvó a sí misma. Entonces, le tocaba a Diego elegir el lugar de la Piedra, y contar sin darse vuelta.

—¡Acá! —decidió Diego. Y preguntó—: ¿Cuento hasta cincuenta?

La pierna de Lila los obligaba a prolongar el tiempo.

—Dale, hasta cincuenta.

La cuenta empezó.

—Uno, dos, tres, cuatro...

Julián y Lila corrieron en la misma dirección, seguros de que lo mejor era doblar la esquina. La voz de Diego dejó de escucharse, pero costaba poco adivinar que ya iría, al menos, por el quince.

—Dieciséis, diecisiete, dieciocho...

Corrían con el inicio de una angustia que luego, apenas se agazaparan en el sitio elegido, iba a acrecentarse. Quienes alguna vez jugaron a Las Escondidas conocen la sensación. Porque el juego no tendría sustancia sin el miedo; como si realmente estuviésemos en peligro y un verdugo feroz viniera por nosotros.

—Veintiuno, veintidós...

Pero ese miedo tiene una explicación. Se trata del regreso de un terror antiguo; el que sintieron las hechiceras perseguidas.

—Veintiocho, veintinueve...

Julián pensó en esconderse detrás de un enorme gomero. No es que fuera un escondite inesperado; ya lo había usado otras veces. Pero el árbol le daba la oportunidad de girar alrededor del tronco y salir corriendo hacia la Piedra con alguna ventaja respecto de su perseguidor.

—¿Dónde vas a esconderte? —le preguntó a Lila, que corría a su lado.

Antes de la respuesta, escucharon unos pasos detrás. Alguien corría que no era Diego; porque Diego andaría recién por el treinta y tres.

—Treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis...

—¡Niños! —Una voz de mujer los estaba llamando.

Lila y Julián se detuvieron y giraron a ver. La desconocida tenía una larga cabellera negra, que caía en bucles sobre la capa que la cubría.

—Niños —dijo, ya cerca de ellos—: ¿Han visto a la guardia real?

Esas eran las cosas que Lila podía entender con mayor facilidad que ellos.

—No, señora —respondió con naturalidad—: No la hemos visto en el barrio.

—¿Están seguros?

—Sí, señora, estamos muy seguros.

—¿Ni siquiera han visto sus sombras?

—Ni siquiera.

La mujer no parecía notar que más de cinco siglos separaban su vestimenta de la que llevaban puesta los niños.

—Cuarenta y nueve. —Diego alzó la voz, en señal de advertencia—: ¡Cin...
cuen... ta!

Alejarse de la Piedra no es sencillo. Jamás debe hacerse sin tomar precauciones, porque algunos esperan muy cerca, y corren a ganar la libertad no bien el dueño de la Piedra se aleja unos pasos.

En otro lado, realmente en otro sitio, Lila y Julián hablaban con la desconocida.

—¿Podemos ayudarla, señora?

La mujer estiró sus manos casi como si fuese a acariciarles las cabezas; pero la caricia no se cumplió.

—¿Lo harían por mí?

—Claro —respondió Julián, que una vez había socorrido a una anciana que no recordaba su domicilio.

—¿Usted está perdida? —preguntó el niño.

—Quizás —fue la extraña respuesta.

La mujer hizo silencio para escuchar:

—Están cerca —dijo.

Bastante alejado de la Piedra, Diego avanzaba con cautela. Su mayor recelo era por Julián, así que silbó como lechuza con la intención de amedrentarlo.

—¿Oís? —La mujer subió la capucha de su capa—: Debo hallar un sitio donde ocultarme.

Y corrió hacia el mismo árbol en el que Julián pensaba esconderse.

Los niños tienen facilidad para aceptar lo misterioso. Y también para dejarlo seguir su propio camino.

—Vamos —Julián alentó a su amiga para que buscara rápido un escondite. Él, por su parte, ya tenía otro en vista.

Sin decirlo, Lila le pidió a Julián que le permitiera acompañarlo. Y Julián aceptó, aun sabiendo que eso le dificultaría llegar a salvo a la Piedra.

—Bueno —dijo. Y tomó la mano de Lila para ayudarla a correr más rápido.

En esta oportunidad, Julián se dirigía a los fondos de la casona de doña Inesita Salazar Femenía de Andrade Bocanera. La anciana era el orgullo del barrio, y conservaba la enorme mansión consumida por su bisabuelo. Construcción que, para ese tiempo, estaba a punto de ser considerada un bien escultórico.

Julián conocía a doña Inesita. También conocía a sus perros. Y sabía que en su parque, escasamente mantenido desde que la riqueza se esfumara en malos negocios, podían encontrarse buenos escondites.

Mientras tanto, Diego caminaba lejos de la Piedra, seguro de que Julián no andaba por los alrededores.

Llevaba puesta una expresión de cazador.

Su respiración era mínima cuando dobló por la misma calle en la que Lila y Julián habían encontrado a la mujer de capa.

La calle estaba vacía. Pero el enorme gomero llamó la atención de Diego. Era posible que Julián lo hubiese elegido como escondite.

En medio de la frondosa arboleda que rodeaba la mansión de doña Inesita había dos hombres apilando ramas delgadas. No se trataba de los jardineros que Julián conocía. Tenían los torsos desnudos. Pero sus pantalones, y los gorros que usaban, tenían acento extranjero.

No pasó demasiado tiempo hasta que los hombres los descubrieron. Uno de ellos sacó un odre que colgaba de un árbol y bebió con toda la garganta. El otro, por su parte, les indicó que se acercaran.

—¡Ea, ustedes dos!

Con resolución varonil, Julián tomó la delantera.

—Estamos jugando —explicó—, porque doña Inesita nos deja entrar a su parque...

Pero al hombre no pareció importarle aquella historia.

—Si nos ayudás a cargar esta leña en el carro te damos un pedazo de queso y dos pedazos de pan. ¿Qué dices?

No es que Julián estuviese tan hambriento como para aceptar el trato. Sin embargo, quiso saber de qué se trataba aquel asunto.

—¿Adónde llevan la leña?

—¿Adónde crees? A la Plaza de la Medianoche.

El nombre de aquella plaza, que por cierto no conocía, avivó todavía más la curiosidad del niño.

—¿Y para qué la llevan? —preguntó Julián.

Para entonces, Lila ya estaba junto a ellos, y también miró interrogante.

—Para encender hogueras —respondió el hombre. Y mirando a Julián, agregó—: Y bien... ¿ayudas o no ayudas, pequeño?

Lila insistía con las preguntas.

—¿Y por qué van a encender fuego en esa plaza?

Entonces sí, el hombre perdió definitivamente la paciencia y caminó hacia ella. Lila no retrocedió ni un solo paso. Tampoco pareció asustarse cuando el leñador bajó hasta su altura, cara con cara y voz agria.

—No hay duda de que eres muy boba, dos veces boba, o quizá tres. Tu padre debió decirte que las brujas merecen ser colgadas por los cabellos, con la boca cosida, para que dejen de pronunciar sus con juros. Quemadas y chamuscadas, cocidas y sancochadas.

No muy lejos de allí, Diego se rascaba la cabeza después de dar una inútil vuelta al gomero. Julián no estaba allí. En cambio, en el piso, y metido entre dos brazos de raíz, había un objeto especial. Tan especial que Diego lo alzó y se lo echó al bolsillo con la intención de regalárselo a Lila.

En el vasto parque de doña Inesita, los dos hombres empezaron a acarrear la leña.

—¡Pero doña Inesita no sabe que ustedes sacan leña para quemar brujas!

Como la única respuesta fueron unas risas socarronas, Julián tomó una nueva

decisión, que le comunicó a Lila en voz baja.

—Vamos a avisarle a doña Inesita.

—Ahá —respondió la niña, que también conocía a la anciana.

De nuevo, corrieron de la mano; solo que ahora se dirigían a la mansión.

Julián tocó el timbre, que sonaba igual que una calandria. Esperó unos instantes y volvió a tocar. Por desgracia, nadie salió a atenderlos.

—Doña Inesita es un poco sorda —recordó Lila.

—Es verdad. —Julián pensaba como un detective—: Vamos por atrás. A lo mejor está la cocinera.

Pero la cocinera tampoco estaba.

En su lugar, dos mujeres hablaban sentadas a cada lado de una mesa antigua, como lo era todo en aquella casona. Una de las dos mujeres era muy joven, casi una niña, y tan esbelta como la trenza que caía sobre su hombro derecho. La otra era muy vieja. Y por eso mismo fue la que alzó la nariz en actitud de olfatear.

Lila y Julián habían sido descubiertos.

—¡Aquí!

Por tercera vez en ese día, los llamaba un desconocido. ¿De qué se trataría ahora? Los niños podían elegir entre acatar la orden o salir corriendo. Julián miró a Lila; y ella asintió con la cabeza.

—Entremos —dijo.

Apenas estuvieron dentro, la mayor de las mujeres se presentó.

—Mi nombre es Lulia.

—Y el mío es Lila —dijo Lila.

—El mío es Dalia —intervino la joven de trenza al costado.

—¿Alguien más que la fortuna los ha traído hasta aquí? —preguntó Lulia.

—No —respondió Julián—, nadie nos trajo. Estábamos jugando a Las Escondidas...

—¡Shhh! —Lulia estaba aliviada por lo que se veía a lo lejos—. Ya se van los hombres terribles.

—Ellos dicen que juntan leña para quemar brujas —Lila ya confiaba en aquella desconocida—. ¿Es verdad?

—Claro que es verdad. Tan verdad como el dolor del fuego. —De pronto, Lulia se dirigió a su compañera—. Dalia, date prisa... Toma tu bolsa y vete.

La joven buscó una capa que pendía de un perchero, y se la colocó sobre los hombros.

—Es idéntica —dijo Julián, dirigiéndose a Lila en voz baja.

—Deberías decirnos qué cosas son idénticas —pidió Lulia, que lo había escuchado sin dificultad.

—Las capas —contestó Julián—. La capa de Dalia es igual a la que llevaba puesta una mujer que encontramos cuando veníamos hacia aquí.

Dalia dejó de la tarea de ajustarse los cordones de sus botas.

—¿Y qué les dijo ella? —preguntó.

—Dijo que debía esconderse. —La voz de Lila estaba del lado de aquellas mujeres, y en contra de quienes desearan lastimarlas. Fueran quienes fueran.

Sin duda, Lulia percibió eso, porque le sonrió con ternura. Y le pidió que se acercara.

—Desde que lanzaron la cacería, no hemos dejado de escondernos. Y temo que estaremos obligadas a hacerlo por toda la eternidad. Nos ocultamos en los pliegues de las estatuas, en los sótanos y en los campanarios; pero siempre hallan a algunas de nosotras...

Lulia se detuvo con la expresión de estar viendo una escena horrorosa.

—¿Y por qué quieren cazarlas a ustedes? —preguntó Lila.

—Respóndeme esto... ¿Por qué les gusta a los hombres cazar pájaros y encerrarlos en jaulas sin cielo? ¡Y mucho más si se trata de aves raras o escasas!

—Sí, señora —Lila había entendido.

—Y bien, con nosotras pasa lo mismo. Nos gusta cantar, preferimos leer libros de ciencia antes que trajinar en cocinas ahumadas haciendo pasteles para hombres groseros. Nos complace observar el movimiento de las estrellas más que pincharnos los dedos remendando y remendando, sin que nadie nos dé las gracias.

—Sí, señora. —Lila recordó las protestas de su madre.

Con un ademán al mismo tiempo suave y primitivo, Lulia logró cambiar la luz de la vieja cocina. Fue casi imperceptible: unas aristas de diamante que cruzaban el aire, el resplandor de unos ojos blancos.

Lulia, Dalia y Lila estaban reunidas en un haz de luz cobriza, cabeza con cabeza y murmurando. Julián se quedó mirándolas desde su sitio, seguro de que se trataba de un asunto femenino en el que no tenía espacio.

Fuera de allí, puesto en la tarea de encontrar gente oculta, Diego había seguido los pasos de sus amigos. Y en ese mismo momento miraba hacia el parque de doña Inesita, evaluando posibilidades y riesgos... Si se equivocaba, si Julián no había elegido los recovecos de la mansión para esconderse, él estaba condenado a contar por segunda vez.

Pero la intuición, ese dictado ancestral que suele socorrer a quien sabe escucharlo, lo tironeaba hacia adentro.

Para asombro de Julián, Lila parecía parte natural de aquel conciliábulo de mujeres perseguidas, opinando con soltura acerca de cuál era el mejor modo de que Dalia llegara, sin ser vista, al gran muro de piedra detrás del cual la aguardaba la libertad.

—Ya es hora de que Dalia emprenda su camino —decidió Lulia.

—¿Por qué no vas con ella? —La pregunta de Lila estaba dirigida a la anciana,

que no mostraba interés en salvarse.

—Mis pasos son muy lerdos, y solo lograrían retrasar su marcha.

—¿No puedes transformarte en gato negro y escapar por los techos? —preguntó Lila.

La anciana Lulia sonrió con pena.

—Por supuesto que no puedo hacer eso —dijo—. Pero no te acongojes, que yo intentaré alguna cosa. Y si acaso llegara para mí el tiempo de la hoguera, moriré aullando maldiciones que perseguirán a esos cobardes por el resto de sus vidas y por el resto de sus muertes.

Un silbido se escuchó desde el parque. Lulia y Dalia se miraron con alarmada tristeza. Enseguida una voz llegó con claridad hasta la cocina.

—Sé que están aquí...

—¡Es Diego! —sonrió Julián.

—Estoy llegando... Y no van a salvarse.

—Diego nos está buscando porque jugábamos a Las Escondidas...

Pero nada de lo que Julián decía resultó tranquilizador para aquellas mujeres, que, sin decir palabra, salieron por la puerta que comunicaba la cocina con el resto de la mansión.

Recién entonces, Julián recordó que aquella era la casa de doña Inesita y que, con seguridad, ella no sabía lo que estaba ocurriendo en su interior.

—Tenemos que avisarle —dijo.

—¿A quién? —preguntó Lila.

—A doña Inesita.

—¿Qué le avisamos?

—Que hay unas mujeres en su casa. Y que unos hombres cortaron leña de su parque para quemarlas vivas.

—¿Y doña Inesita podrá hacer algo? —Lila seguía pensando en ayudarlas.

—Mi papá dice que doña Inesita conoce a mucha gente importante.

Como convocada por el comentario que ponderaba la influencia de sus apellidos, doña Inesita Salazar Femenía de Andrade Bocanera irrumpió en la cocina. Su humor no era el apropiado para historias de fuego y capas.

—¡El codo! —dijo en tono sentencioso.

Ni Lila ni Julián entendieron el sentido de aquel comentario.

—Les di la mano, y ustedes se tomaron el codo —aclaró la anciana.

—Pero... —quiso explicar Julián.

—Pero nada. Una cosa es que jueguen en el parque y otra, ¡muy diferente!, es que entren en mi casa. ¿Con permiso de quién?

—De nadie —Julián intentó dar una explicación—. Pero...

—¡Pero nada! Ustedes dos se tomaron el codo.

Doña Inesita abrió la puerta de salida, y no iba a cerrarla hasta que los confianzudos salieran de allí; cosa que Lila y Julián hicieron de inmediato.

—¡Eso se llama tomarse el codo! —sentenció doña Inesita en un intento aleccionador.

Por supuesto que Diego los encontró enseguida.

—¡Piedra libre para Julián y Lila, que salen de la cocina de doña Inesita! —gritó con una euforia exagerada. Y corrió con ventaja hasta el lugar del triunfo.

Un rato después, cuando el juego ya era asunto pasado, Diego recordó lo que tenía en el bolsillo.

—Mirá, Lila... Lo encontré a los pies del gomero.

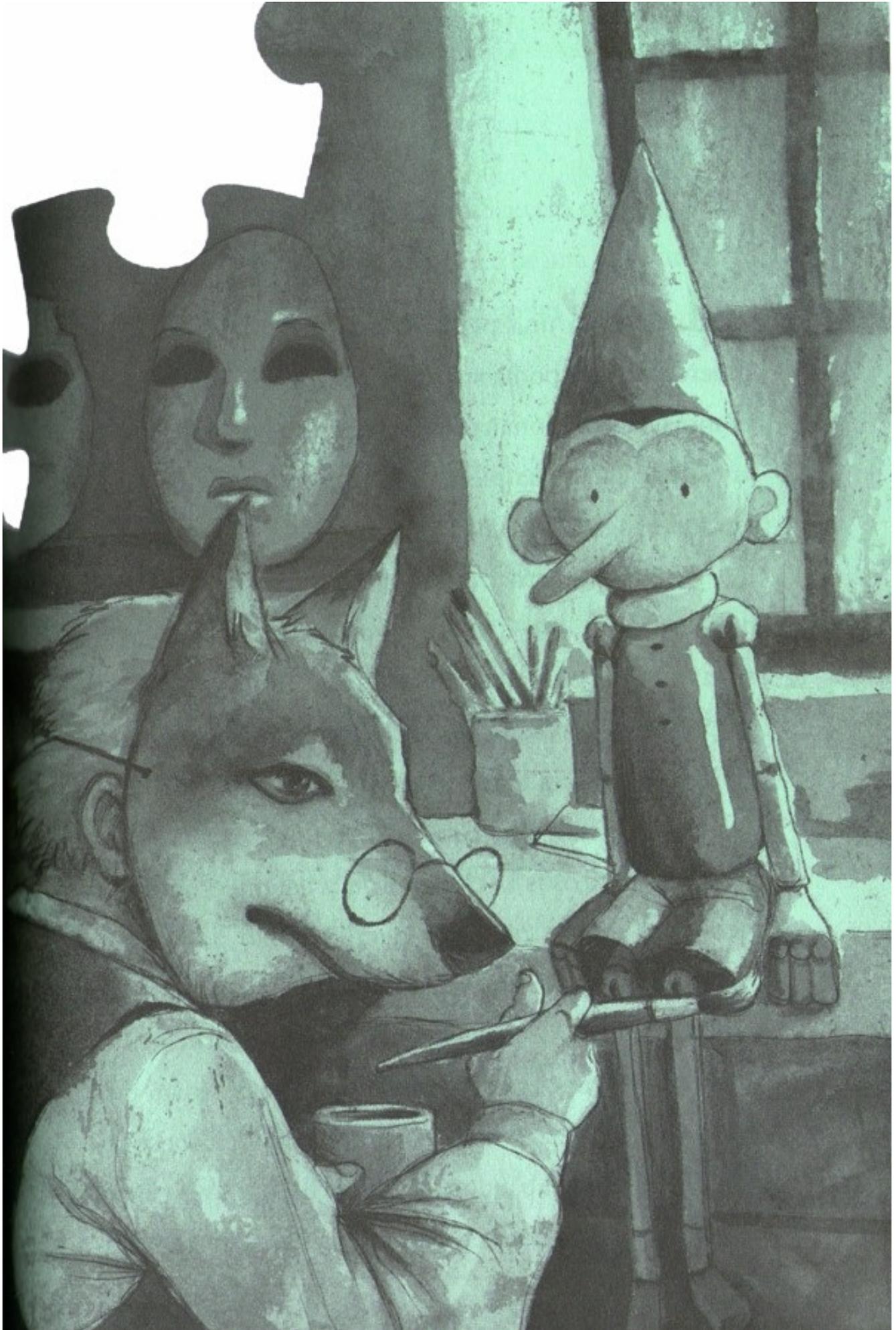
Extendió la mano, y era un collar hecho de botones viejos y lejanos. Un collar que podrían usar los ángeles.

EL CUARTO PASILLO

«La mentira es un sitio que aconsejamos visitar con extrema cautela y, de ser posible, con un guía; porque no es sencillo encontrar el camino de regreso».

Diario de los exploradores





Lila tenía una pierna sin música. Una pierna izquierda que no podía saltar, brincar, andar por los aires, ni moverse con donaire. Una pierna que tropezaba y en la calle se caía. Una pierna que no sabía abrir la puerta para ir a jugar.

Tal vez por esa causa, Julián y Diego decidieron mentirle. Uno dijo que esa tarde lo llevaban a visitar a una tía que cumplía ochenta años. El otro tenía que limpiar su dormitorio. De lo contrario, había amenazado su madre, iban a tirarle todo a la basura.

—Está bien —dijo Lila.

Los mentirosos la escucharon y entendieron de inmediato a qué se refería la gente cuando hablaba de «remordimiento». Porque fueron dientes, fue una dentadura entera y voraz masticándolos por dentro.

Y sin embargo, ya estaba hecho. Además tenían muchas ganas de meterse en una inmensa obra en construcción que el sereno abandonaba, según habían averiguado, para ir a conversar con la dueña del puesto de flores. Encaramarse por el esqueleto de un edificio era una proeza imposible de llevar a cabo en compañía de una niña tan débil.

—Está bien —dijo Lila. Pero no les creyó.

Está bien, dijo. Y esperó muy cerca de la casa de Diego. Está bien, y tuvo razón en no creerles.

Además de razón, Lila tuvo suerte; porque no pasó mucho tiempo hasta que Julián, el que debía estar camino a la casa de su tía anciana, llegó en busca de Diego, el que debía estar apilando revistas en su dormitorio.

Está bien, pensó Lila. Y fue tras los dos que caminaban calle abajo.

Era la primera vez que le mentían, y ella tuvo miedo de que sus amigos estuviesen cansados de la pierna absurda que le tocó al nacer.

Lila perdía terreno. Y aunque se esforzaba más de lo aceptable era seguro que, en pocos minutos, Diego y Julián iban a estar muy lejos de su alcance.

—¡A un peso! ¡A un pesito! —Era la voz de un vendedor que vendía burbujas. Hacía girar el juguete en un vaso lleno de agua jabonosa, lo sacaba despacio, cuidando no quebrar la película de agua. Y luego soplaba sobre ella como un viento de abril—: ¡A un peso! ¡A un pesito!

Lila no comprendió que acababa de cruzar una frontera.

A ambos lados de la calle, los carteles aseguraban que la felicidad, como las zapatillas, los teléfonos y los automóviles, tenía marca.

Lila empezaba a cansarse del esfuerzo.

Un declive en la vereda, o quizás una ilusión de los ojos, hizo que las piernas de Diego y de Julián se vieran muy cortas.

Pero, ilusión o no, aquellos pasos cortos le permitieron a Lila mantener durante un tiempo más el rastro de sus amigos.

—¿Adónde irán? —se preguntó Lila, triste ya. Y enojada por no tener una pierna a pilas.

Cuando Diego y Julián doblaron la esquina, la niña supo que perdía posibilidades de alcanzarlos.

El buen olor de una carpintería llamó su atención. Se detuvo, miró hacia adentro. Un anciano de anteojos redonditos trabajaba, con martillo y cincel, haciendo un muñeco de gran tamaño.

—¿Está haciéndolo para su hijo? —preguntó Lila.

El carpintero meneó la cabeza.

—Al revés —respondió—: Estoy haciéndolo porque no tengo hijos.

Entonces Lila comprendió.

Comprendió en qué lugar estaba y sonrió.

Sonrió, y se dijo a sí misma que, si había llegado allí, debía jugar también. Pensó durante un buen rato. Al fin se decidió y empezó a dar voces desesperadas.

—¡Socorro, vecinos...! El lobo se ha comido a mis ovejas. ¡Socorro, vecinos...!

Por ser la primera vez, todos le creyeron.

EL QUINTO PASILLO

«No es nuestra intención incurrir en blasfemia. Pero, en verdad, la casualidad es lo más parecido a Dios que hemos conocido».

Diario de los exploradores





El viento nos hace recordar la anchura del mundo. Y tiene mucho que ver con la vida.

La diferencia que existe entre un paisaje y una postal es, sin lugar a dudas, la presencia del viento.

Pensemos en la fronda de verano, en las polleras livianas y en las cortinas. ¿Qué sería de estas cosas si no existiera el viento? Pensemos en el mar y en las banderas.

Y cómo sería el pan, qué sabor tendría si los trigales maduraran en completa quietud. Posiblemente sería una argamasa arenosa, de color gris y sabor agrio.

¿Y las corbatas? ¿No es, acaso, el viento lo único que las hace humanas?

Como sea, corría viento en el barrio. Lila, Julián y Diego caminaban a su favor.

Contra el viento, por la vereda de enfrente, avanzaba un hombre vestido con un pantalón oscuro y una camisa clara; más clara y más ancha a causa del viento.

Aquel hombre buscaba algo. Y se notaba que continuaría buscándolo aunque el viento redoblara sus fuerzas. Redoblara, sacudiera, arrasara, y peor...

El hombre iba a seguir buscando bajo las tormentas del fin del mundo; porque, si no hallaba aquello que se le había perdido, ya no tendría motivo alguno para regresar al abrigo de su casa. Nunca jamás.

Fue en ese momento que el viento le arrebató la fotografía que llevaba en sus manos. Y sonó tan dolorosa su voz gritando un nombre, que Julián no dudó en aceptar que Diego lo superaba a la hora de correr.

—¡Dale...! —No sabía qué era aquello que se alejaba, ni por qué el hombre gritaba de ese modo. Pero igual lo dijo—: ¡Dale, Diego, apurate! ¡Agarrá ese papel!

No era un papel. Era una fotografía que aprendía a correr, a volar. Que se iba lejos... Diego corrió tras de ella. Y el hombre también.

En un barrio, la cadencia del viento es cambiante. Además, la arquitectura abre y cierra posibilidades, encauza el aire o lo arremolina; de tal modo que el recorrido del objeto que vuela resulta imprevisible.

Así pasó con la fotografía, que, por momentos, parecía al alcance de la mano y al instante siguiente se escapaba por una garganta invisible. Detrás de ella, Diego y el hombre se esforzaban por alcanzarla.

Volaba una foto por la calle del viento.

Diego la seguía con los ojos, porque no era el único papel que ese día andaba revoloteando, y se corría severo riesgo de confundirla y perderla de vista. El hombre

daba manotazos, repetía un nombre.

La fotografía cruzó la calle sin prestar atención al tránsito. Cuando Diego intentó hacer lo mismo, quedó paralizado por un bocinazo estridente. «Mocoso de porquería». Y enseguida: «No estás muerto por casualidad».

No estás muerto por casualidad. No bien esa frase fue pronunciada, alguien, muy cerca de allí, trazó una tilde al costado de una lista eterna.

Al fin, Diego cruzó la calle. Y el hombre también. Por fortuna, el viento se deshizo de pronto. Y la fotografía, después de dar unos pocos tumbos lentos, se quedó esperando a su dueño.

Diego supo que no era él quien debía agacharse para tomar ese trozo de papel, detenido en la base de un poste de luz.

—Gracias —murmuró el hombre, que, concentrado en una persecución absurda, había descansado de su tragedia.

Ahora, derrumbado de nuevo por la realidad, parecía incapaz de alzarse del suelo. Algo, no obstante, se sacudió en su interior, y se levantó con ansiedad.

—Gracias... —Y después habló para sí mismo—: Voy a encontrarla, yo voy a encontrarla.

El hombre empezaba a alejarse y Diego, que estaba a punto de volver donde Lila y Julián lo esperaban, tuvo una reacción inesperada.

—¡Señor...! —llamó.

Reacción inesperada. Alguien mojó una pluma en tinta china, y tendió una línea que unía dos puntos del destino.

—¿Sí?

Parece difícil de creer, pero el rostro del hombre, al girar hacia Diego, ya delataba una esperanza. Podrá objetarse que la desesperación tiene cierta facilidad para imaginar que cualquier chistido le está destinado, y que todo encierra un mensaje. Lo cierto es que aquel hombre de camisa clara miró el rostro de Diego esperando un milagro.

—No, nada —dijo Diego—. ¡Suerte que la alcanzamos!

Todo, en un sitio cualquiera, habría seguido su triste curso. Allí, en aquel lugar, las cosas fueron distintas.

—Mirá —dijo el hombre, extendiendo la fotografía—. A lo mejor la viste.

Diego se acercó para mirar lo que el azar le estaba mostrando. Y una aguja brilló en el pajar.

—Sí, la vi —respondió con sencillez. Sin entender la importancia de lo que decía.

El azar extendió la mano. Pero para que eso ocurriera, una antigua y fenomenal tejedora enhebró un hilo milenario que venía, ¿quién sabe?, desde la primera dinastía de emperadores chinos, desde la muerte de Cleopatra, o desde el amanecer en que un beduino ignoto, siglos antes de Cristo, arrojó un puñado de arena para verla marcharse con el viento.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —Todas las preguntas se agolpaban en la garganta del hombre—. ¿Hoy? ¿Cuándo? ¿Estaba sola? ¿A qué hora? ¿Lloraba? ¿En qué calle? ¿Estaba lastimada? ¿Dónde? ¿Cuándo...?

Al momento de responder, Diego comprendió que, aunque habían pasado apenas unos días, recordaba con cierta vaguedad el encuentro con aquella niña. Le había parecido que tenía ocho años, pero ese no era un gran dato.

Ante la insistencia del hombre, trató de hacer memoria. Era la siesta y hacía calor...

Los tres fueron a tomar un helado, y después se subieron a un colectivo que venía a paso lento. Recordaba los colores, amarillo y rojo. En cambio, era incapaz de recordar el número o el recorrido.

—La vimos —insistió Diego.

—Sí —dijo el hombre—. Pero ¿dónde?

Diego no podía dejar de pensar en la siesta.

—Era la siesta. —Y agregó—: También vimos un señor demasiado abrigado.

—¿Estaba con ella?

—No. —Diego recordó algo más—: Cuando nos íbamos, lo vimos de nuevo. Cruzó frente al colectivo.

Hubo un silencio breve durante el cual el hombre trató de ordenar los pocos datos que tenía.

—¿Qué dijo ella? —continuó.

—Nos dijo que paseaba por ahí mientras esperaba a su papá. ¿Usted es su papá?

En el acto de bajar la cabeza, el hombre asintió y se declaró culpable.

—¿Les dijo algo más?

La memoria de Diego se abría espacio.

—Sí... También dijo que tenía un amigo que buscaba ángeles.

El rostro del hombre perdió la poca luz que había recobrado, su expresión se trizó en la expresión del que desea y no desea saber.

—¿Qué más?

—Lila...

—¿Quién es Lila?

—Mi amiga... Bueno, Lila le preguntó por el collar que llevaba puesto.

—¿El collar de botones?

—Ese mismo.

La imagen de aquel collar arrastró recuerdos, Y Diego dio un grito.

—¡Espere! —dijo—. Yo encontré ese collar. Estaba tirado al lado del gomero gigante. Jugábamos a Las Escondidas, y lo vi de pura suerte.

Lo vi de pura suerte. Ingenuidad humana. Ese niño vio el collar porque era indispensable que lo viera. Ese niño vio el collar para que otra pieza del Gran Rompecabezas ocupara su debido sitio.

—¿Y qué hiciste con él? —preguntó el hombre, como si creyese que el collar podía contarle lo que había ocurrido con su pequeña hija.

—Se lo di a Lila —respondió Diego.

A partir de entonces, todo pasó con velocidad de día viernes.

Julián y Lila, que continuaban esperando, los vieron llegar. Venían casi corriendo, y comenzaron a explicar antes de detenerse. Diego habló de la siesta y de la heladería, ¿se acuerdan? El hombre habló de su hija, ¿por qué la dejé sola? Diego mencionó el colectivo rojo y amarillo, pero prefirió no hablar de los pájaros sábana. El hombre suplicó, ¡tengo que encontrarla!

En pocos minutos estuvieron en la casa de Lila, que subió rápido las escaleras y regresó con el collar.

—Aquí está, señor.

Detrás de Lila, salió su madre y preguntó. Mientras el hombre le contaba, ella nombró a Dios, ¡Dios mío! Y apretó fuerte la mano de Lila.

En la comisaría los hicieron sentar frente a un escritorio y los trataron como adultos. Les preguntaron y escribieron cada una de las cosas que ellos respondían.

Poco rato después, reconociendo la zona donde Diego había hallado el collar de botones, notaron una serie de letras talladas en el tronco del gomero. La última de aquellas inscripciones, a juzgar por la frescura de la madera, era una «A».

—Agustina. Mi hija se llama Agustina —dijo el hombre.

Los teclados siguieron trabajando.

«El susodicho, padre del sujeto femenino, menor de edad, desaparecido en circunstancias... de nacionalidad... y número de documento... se refirió a la coincidencia entre la inicial del nombre de su hija y la letra vocal “A” que formaría parte de una secuencia marcada, con aparente instrumento cortante, en la corteza de

un árbol; ubicado este último en la zona colindante...».

Hizo alusión a la coincidencia. Pero, sin saberlo, el padre de Agustina estaba hablando de la explosión original, del principio sin luz. Y es que el padre de Agustina no podía imaginar que en el trazado del Gran Rompecabezas aquella inicial era una parte infinitamente pequeña. Pero infinitamente imprescindible.

Y bien, el gomero quedó bajo estricta y oculta vigilancia. Esa misma noche, una sombra llegó hasta el lugar. No miraba hacia los costados, ni parecía feroz. Estaba, eso sí, demasiado abrigada. Debajo del sobretodo marrón, ocultaba locuras.

Mientras se lo llevaban, no dejó de repetir que su tarea era encontrar ángeles, y salvarlos del demonio que andaba suelto en las últimas décadas de cada siglo^[9].

Los periódicos reprodujeron estas palabras. Y dieron cuenta de que Agustina había sido hallada en el domicilio del sospechoso. La niña, vestida con un largo camisón blanco, amarrada y amordazada, tenía el cabello cortado al ras. Según informó el cuerpo médico que tuvo a su cargo la revisión, la pequeña Agustina no había sufrido flagelos sexuales. En cambio, estaba deshidratada y presa de un estado de *shock* que le impidió hablar durante las primeras horas de su liberación. Más tarde, contó que el hombre se había acercado para decirle que los ángeles no debían andar solos por la siesta porque la siesta era un lugar peligroso. Pero que él iba a cuidarla.

El barrio, habitualmente tranquilo, amaneció en la calle.

Lila, Diego y Julián recibieron abrazos y promesas.

—Pueden dibujar la rayuela en mi vereda —dijo la vecina más difícil.

—Pasen a verme, que tengo algo para ustedes —invitó el kiosquero.

—Están totalmente disculpados. Y serán muy bienvenidos en mi casa —sonó la voz elegante de doña Inesita Salazar Femenía de Andrade Bocanera.

Los periodistas les aseguraban a sus padres que saldrían con una nube sobre el rostro. Y el canillita de la zona tuvo que triplicar los ejemplares del periódico, porque todos compraban para tener y regalar.

Cuando las cosas verdaderamente importantes aparecen, todo ocupa su sitio.

Quizá por eso, aquella mañana de celebración y alivio, las señoras del barrio, las madres, las hermanas y las novias se acercaron también a la mujer «esa», perfumada y vestida con ropa costosa. Le abrieron sitio en la conversación y la miraron de igual

a igual. Porque bajo la sombra de las tragedias es más fácil sentirse parecido a los demás.

Nadie puede conocer las consecuencias de aquel sencillo gesto de ternura.

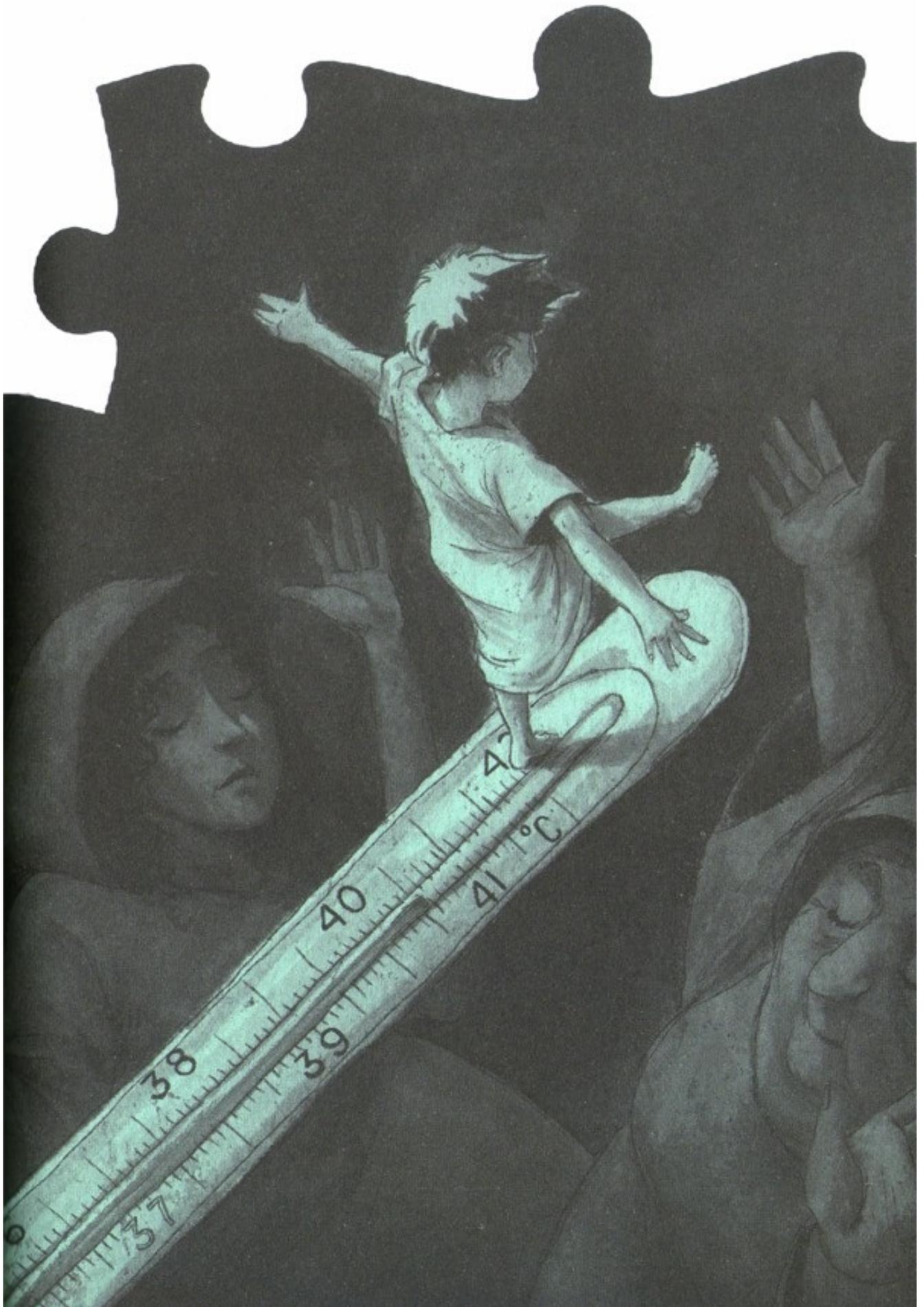
Lo cierto es que nada sucede por casualidad. Y todo es parte del Gran Rompecabezas de la vida.

EL SEXTO PASILLO

«Aquel fue un lugar al que Julián tuvo que entrar solo, por un largo y doloroso camino de mercurio».

Diario de los exploradores





Era invierno cuando Julián estornudó.

Siguió estornudando porque era invierno y él no se abrigaba lo suficiente, dijo su madre. A los pocos días, empezó a toser.

Julián tuvo que quedarse en cama porque las rodillas no lo sostenían y le subió la temperatura. Todo porque era invierno y él había estado jugando al fútbol, repitió su madre.

Una tarde, cuando Diego y Lila llegaron a visitarlo, les dijeron que era mejor dejarlo descansar. Julián tenía mucha fiebre. Además, ellos podían contagiarse.

Al día siguiente, lo mismo. Lo mismo al otro día; y la madre de Julián se veía cada vez más triste.

Julián se había enfermado porque era invierno. O, al menos, eso parecía. Porque el verdadero invierno comenzó cuando lo llevaron al hospital.

Las voces, que bajaban el volumen cuando Diego o Lila andaban cerca, hablaron de virus y de complicaciones pulmonares.

Ni Diego ni Lila habían podido ver a Julián en toda una semana. Hay que esperar un poco, les decían. Tiene que descansar. Igual, no va a reconocerlos...

¿Qué significaba eso? ¿Cómo no iba a reconocerlos?

Por la fiebre, les respondieron.

La insistencia crecía. La negativa, sin embargo, seguía en pie. Y esta vez no había trucos que funcionaran para lograr que los adultos cambiaran de opinión.

A pesar de que el hospital estaba a poco menos de quince cuadras, siempre estuvo lejos para ellos. Con esa particular lejanía que nace de la indiferencia.

Ahora todo era distinto. El hospital era Julián. Y Julián, según decían todos, no mejoraba como era de esperar.

Y ese martes, más invierno que nunca, el hospital se encimó a sus vidas como un enorme animal blanco.

A espaldas de su madre, Lila la escuchó hablar por teléfono con la madre de Diego. Ellas dos no eran amigas. Y solo se comunicaban para arreglar «las cosas de los chicos». Esta vez era lo mismo, aunque el motivo no era un cumpleaños o el horario de regreso.

—Y, la verdad... No sé qué hacer.

—Yo tampoco.

Silencio.

—La mamá de Julián está desesperada.

—Y no es para menos.

Silencio.

—La verdad, no sé qué decirte.

—Riesgo de contagio ya no hay. Además entrarían un ratito y con barbijo.

Silencio.

—Sí, pero...

Silencio.

—La mamá de Julián cree que una visita de los chicos le va a hacer bien.

—Sí, claro.

—¿Viste cómo se quieren ellos?

—Sí, sí.

—No sé qué te parece.

—Tengo miedo de que a Lila le haga mal verlo así. Lila es muy...

—Sensible.

—Justamente. Muy sensible.

—Y Diego, así como lo ves, también se va a impresionar.

Silencio.

—La verdad... No sé qué decirte.

—Yo tampoco.

Sin embargo, aquella misma tarde, los adultos decidieron aceptar que, a veces, el dolor también es un derecho.

Era invierno cuando estornudé.

Seguí estornudando porque era invierno, y yo no me abrigaba lo suficiente. A los pocos días, empecé a toser.

Tuve que quedarme en cama porque las rodillas no me sostenían y me subió la temperatura. Todo porque era invierno y yo había estado jugando al fútbol, dijo mi mamá.

Escuché que no habían dejado que Diego y Lila vinieran a visitarme para que no se contagiaran. Me sentí peor. Mi mamá miró la graduación del termómetro, y alzó el teléfono. Después se sentó a la orilla de mi cama y trató de hablar con voz de todos los días.

—Dice el doctor que es mejor que te llevemos al hospital, porque no estás respirando bien. Él va para allá...

Me hubiera gustado responderle con la misma voz de todos los días para que se le fuera ese color de pena; pero juro que me resultó imposible.

Subí a la parte trasera del auto. Mi papá giró la cabeza antes de arrancar, y extendió la mano hasta mi frente.

—¿Nos vamos, campeón?

Creo que sonreí. Y el auto arrancó.

Puse los ojos en la ventanilla solamente para ver que la calle seguía su curso normal.

El mundo de los sanos se movía, se reía, mordía medialunas, se ataba los cordones de las zapatillas, se acomodaba la mochila, abrazaba a una chica que abrazaba a un chico. Yo iba a hospital. Y tenía miedo de morirme de fiebre.

Algo raro pasaba debajo de las ruedas, el asfalto ondulaba. Esa era la explicación de que el auto estuviese navegando.

A orillas del río gris por el que avanzábamos, se levantaban unas casitas blancas,

rojas, verdes, blancas, rojas, blancas... Junto al auto, navegaba un barco de gran calado lleno de gente que me miraba desde lo alto. ¿A qué lugar del mundo iría ese barco? A qué lugar iría ese barco que hizo sonar su sirena, se adelantó y salió del recuadro de mi ventanilla.

Enseguida, una mujer en bicicleta tomó su lugar.

Vi claramente que sus manos, apretadas en el volante, eran de hueso.

Entendí, por el gesto de su mandíbula, que estaba invitándome a seguirla. Su casa era más agradable que el hospital, y podía darme rodajas de sandía para esa sed que no se iba y me partía los labios. Estuve a punto de aceptar, pero esta vez fue el auto de mi papá el que se adelantó.

Un poco después, subimos una rambla tan empinada que el auto quedó con la trompa apuntando al cielo.

Los ruidos, los olores y los colores de la calle se quedaron afuera. Yo estaba en un sitio donde se mezclaban el metal y el algodón, donde los vidrios llegaban hasta el techo, el techo tenía manchas de humedad. Y la humedad, sobre mi cabeza, tenía forma de elefante.

La mirada celeste que se acercó a mi rostro debía ser la de un primer ministro, o la de alguien que tuviera atribuciones especiales. Lo digo porque esos ojos como cristales de lupa entraron a mi cuerpo por el túnel, carnoso y dolorido, de la garganta. Los sentí caminar laringe abajo, creo que iban discutiendo entre ellos. Después se metieron en mis pulmones, y miraron hasta el último rincón; igual que mamá cuando hace limpieza general. Se miraron uno al otro con preocupación. Treparon por el mismo camino. Y volvieron a colocarse en el rostro del que habían salido y que, recién entonces, se alejó del mío.

El tiempo dejó de existir. O, en todo caso, comenzó a existir de otra forma, y a caminar con otros pies.

Algunas personas de blanco trajinaban a mi alrededor. Los ojos celestes no se apartaban de mi fiebre.

Cuando empecé a pensar que dormir para siempre, sin sed y sin asfixia, no sería tan malo, sentí un soplido sobre mi frente humedecida.

—*Ape tei sem brei*—dijeron.

Supe, sin verlas, que Dalia y Lulia estaban a un costado de mi cama.

—Sea como sea—dijo Lulia—, es nuestra costumbre devolver favores y ternura. —Y agregó—: Tú estás en un sitio con dos salidas.

—Dos salidas—repitió Dalia. Y yo adiviné que ilustraba el número con sus dedos.

—Una es la salida de los cansados, otra es la salida de los guerreros.

—Una de los cansados, otra de los guerreros.

—Si eliges la última, nosotras podremos ayudarte—siguió Lulia.

—En cambio —continuó Dalia—, nada tenemos que hacer si eliges la primera.

—Porque en ese caso... —dijo Lulia.

—Basta con que te dejes caer al pozo sin retorno.

La anciana Lulia estaba cubierta con un manto de piel muy gruesa, oscura y salpicada con gotas de agua como si viniera de andar bajo grandes árboles, por un bosque de invierno. Así lo imaginé.

—Veamos qué prefieres —dijo—: Parpadea si acaso prefieres tomar la salida de los guerreros. ¡Y no pienses que no eres capaz de parpadear, porque, en ese caso, ni siquiera comenzará la lucha!

—Vamos —pidió Dalia—, ¡parpadea!

—Vamos, Julián. —Los ojos celestes pedían, más allá de la ciencia.

—Vamos —susurró mi madre del otro lado de la puerta. Y yo pude escucharla.

Intenté hacerlo, no pude... Pensé en la plaza del barrio, intenté otra vez, no pude... Junté fuerzas, me recordé a mí mismo pateando una lata de duraznos, tampoco pude. Repasé, con palabras, las letras del alfabeto: Asfixia con A, casa con C, Diego con D, Lila con L, miedo con M, mucho miedo a morirme con tres M...

Escuché, de nuevo, la voz de Lulia.

—Es momento —dijo— de invocar a las fuerzas que renuevan la vida.

La anciana hechicera, mi fiebre hizo que pudiera comprender su condición, se echó el manto a las espaldas y mostró sus manos luminosas; tanto que atravesaron mis ojos cerrados.

—Vamos a succionar para que la savia remonte venas arriba —y sopló hacia adentro—. Vamos a masticar la hierba amarga que crece en los pulmones —y golpeó la dentadura—. Vamos a llamar al ángel —y batió palmas—. Vamos a coser con hilo de tripas las alas de insecto venenoso...

Junté más fuerzas. Allí fue que entendí que las fuerzas más valiosas son las que no se tienen. Junté fuerzas de donde no tenía, y entonces pude mover dos veces los párpados.

Con el barbijo puesto, los ojos de Lila parecían más asustados; y los de Diego, más oscuros.

Cuando la madre de Julián los vio llegar, sonrió con tanto dolor que era como si estuviese aprendiendo a hacerlo. Y hasta su hermana mayor, que siempre los saludaba con una especie de gruñido indiferente, los abrazó un largo rato.

Ya estaban listos para entrar a verlo. Caminaron en silencio. Y se detuvieron al costado de la cama.

—Hola —saludó Diego.

—Vinimos los dos —dijo Lila, ilustrando el número con sus dedos.

—Cuando estés sano, vamos a jugar a Las Escondidas.

—Claro —dijo Lila. Y confirmó—: *Ape tei sem brei...*

—¡Pero eso cuando no estés cansado!

Lila creyó que sería bueno contarle a Julián todo lo que ocurría en su ausencia:

—Ayer vi una película... Se trataba de un ciervo al que un cazador quería atrapar. Pero el ciervo tenía la ayuda de un oso enorme y muy raro, con la piel marrón toda salpicada de manchitas blancas. El oso le avisaba dónde estaban las trampas, que eran pozos sin retorno.

Lila terminó de pronto. Pero a Diego le resultó insoportable el silencio, y buscó algo para decir:

—Después te paso las tareas de la escuela. Nos dividimos en grupos para hacer glosarios. A nosotros nos tocó de deportes: Arquero en la A, cesto en la C, doble en la D, lateral en la L. En la M hay un montón: millonarios, match, Maradona.

La cabeza de Lila se llenó de palabras que ni ella podía entender. Supo, sin embargo, que debía pronunciarlas de manera que su amigo las escuchara. Se agachó para acercarse a Julián lo suficiente. Igual que otra niña lo haría muchos años después.

—Vamos a succionar para que la savia remonte venas arriba, vamos a masticar la hierba amarga que crece en los pulmones, vamos a llamar al ángel, vamos a coser con hilo de tripas las alas de insecto venenoso...

Cuando terminó, Diego quiso saber qué cosas había dicho; y Lila, sin mentir, le respondió que había hablado en otro idioma.

—Me parece que es el idioma que se habla en el territorio de la fiebre —dijo.

Para ellos, el asunto empezaba a ser familiar.

—¿Y Julián está ahí? —preguntó Diego—. Debe ser...

—¿Y no podemos acompañarlo?

Lila se tocó la frente:

—No. —Y agregó—: Pero seguro que Julián va a volver. Mi mamá me dijo que los verdaderos valientes son los que sacan fuerzas de donde no tienen.

Y ahí fue que Julián parpadeó dos veces, antes de abrir los ojos.

EL CAMIÓN DE MUDANZAS



Algunos meses después de la recuperación de Julián, cuando el carro del verano ya se escuchaba llegar, Lila apareció con un cuaderno a rayas y una propuesta que solo se le podía ocurrir a una niña. Quería escribir, y aun dibujar si era posible, acerca de los lugares que habían conocido; si es que en verdad eran lugares y si, en verdad, los habían conocido.

Diego y Julián no mostraron demasiado entusiasmo, ni entonces ni nunca. Pero la insistencia de Lila consiguió que, al menos, la ayudaran a recordar. Y, de tanto en tanto, hicieran alguna sugerencia^[10].

Un camión de mudanzas llegó al barrio. Era un camión importante del que bajaron muebles importantes: sillones blancos, lámparas de pie y una bicicleta roja.

Una nueva familia se había mudado al barrio, justo a tres casas de la de Julián. El matrimonio tenía una sola hija. La hija no usaba trenzas. Las trenzas eran ridículas.

No hizo falta gran cosa para darse cuenta de que, a partir de ese día, las cosas iban a ser muy diferentes. Y eso fue exactamente lo que pasó.

—¿Vieron el camión de mudanzas que descargó en la esquina de mi casa?

Con esa pregunta, comenzó el fin de la infancia.

Julián no apareció en la plaza, donde habían acordado reunirse.

—¿Se habrá vuelto a enfermar? —dijo Diego.

—No. —La respuesta de Lila sonó como el golpe de un sello al pie de un documento gris.

Después, Julián desapareció por varios días. Pero Diego ya no preguntaba nada. En realidad, tampoco él se mostraba tan entusiasmado con los viejos juegos, las caminatas y los misterios. Tenía otros amigos a los que no quería contarles nada sobre los lugares imposibles porque, según decía, iban a reírse de él y a tratarlo como un nene. O como un bobo, que era más o menos lo mismo.

—¿Es lo mismo? —preguntó Lila seriamente.

—Y... —respondió Diego—, es bastante parecido.

Al fin, una tarde, Lila se quedó esperando, y ninguno de sus dos amigos llegó a la cita.

Pasó un gato y no la saludó. Lila le sacó la lengua con irritación.

Cuando volvía su casa, decidió dar un rodeo y pasar por la vereda de Julián. Y ahí estaba él, con la chica nueva, Paula se llamaba, ¿y qué?, como la madre de Sarmiento, Julián la estaba mirando como nunca la había mirado a ella, eso se notaba de lejos, y se reían, seguro que se reían de su pierna absurda, ¿quién iba a enamorarse de esa pierna?

Lila tropezó. Lila se cayó de rodillas. Cuando se levantó y volvió a mirar, supo que estaba a punto de conocer otro lugar imposible.

El atardecer encendió sus luces atiborradas de mosquitos. La luna, recién aparecida, se abrió como una bolsa de basura; corazones de choclos resacos, desperdicios, restos de una fiesta caían sobre el mundo.

Cualquiera podía comprender que Lila iniciaba el recorrido de un pasillo parecido al infierno, parecido al odio. Algunos pasos más, y ya no podría regresar.

Si, en ese momento, Julián hubiese visto la mirada de Lila puesta sobre él y sobre Paula, se habría quedado sin sangre, muerto de miedo. Por suerte no la vio. Y Lila decidió volver sobre sus pasos.

—¿Lila? ¡Qué pronto volviste! ¿Y los chicos? —dijo su madre.

—Se fueron.

Lila buscó el cuaderno a rayas y decidió que era el momento de terminar con aquellos escritos. Eligió las palabras con una mezcla de sentimientos.

Así quedó dicho todo lo que podía decirse, y quedó silenciado todo lo que debía silenciarse.

BUENA MEMORIA



Lila ya era doña Lila, tenía una trenza blanca y una pierna pálida.

La nieta de don Julián ya era toda una eminencia, doctorada en Física Teórica, especializada en electrodinámica cuántica-relativista. Autora de un importante número de ensayos, conferencista de renombre e investigadora.

Tras una larga y paciente búsqueda, la nieta de Julián encontró a la anciana. Golpeó a su puerta, se presentó, y le habló sobre el asunto con extrema suavidad. Un rato más tarde, estaban sentadas frente a frente en una galería llena de malvones. De por medio, el cuaderno a rayas que la nieta de don Julián había llevado consigo. Dos tazas de té y bizcochitos de anís.

Gracias a doña Lila, y a su prodigiosa memoria, los datos del cuaderno fueron ampliados, confirmados o rectificadas.

—¿Y cómo fue que llegó ese cuaderno a manos de mi abuelo? —le preguntó la nieta de don Julián a doña Lila.

—Fue el regalo de bodas que Diego y yo decidimos darle^[11].

—¡Pero mi abuelo no se casó con esa tal Paula! —La nieta de don Julián parecía contenta con ese hecho—. Mi abuela se llamaba Beatriz.

—Ya lo sé... —respondió doña Lila—. Por eso mismo acepté darle el cuaderno a rayas.

Para entonces, a doña Lila ya se le había aflojado la lengua:

—Menos mal que no se casó con esa chica, le hubiera llenado la vida de tristezas, era arrogante y nada la conformaba, ¿linda?, no te creas que tanto, tenía la nariz demasiado chica, como de pekinés, y por no desarreglarse la ropa caminaba tiesa, ay mis zapatos, ay mis medias, ay... ay... ay. Nunca escuché a nadie tan quejoso como ella. Además, pretendía ser muy buena bailarina de *ballet* pero, entre nosotras... no tenía ni pizca de gracia.

Sin embargo, cuando la nieta de don Julián le preguntó acerca de lo escrito en la última página, doña Lila se quedó callada. Después se acomodó el cabello, después ofreció servirle otra taza de té, después le mostró las fotos de sus propios nietos, después dijo que estaba cansada y que seguirían al día siguiente.

Al día siguiente, cuando la nieta de don Julián volvió a preguntar por la última página, doña Lila se quedó callada. Después dijo que tenía que darle alpiste al canario, después tenía que darle cuerda al reloj de péndulo, después, agua a los malvones. Después dijo que estaba cansada y que seguirían al día siguiente.

Al día siguiente, cuando la nieta de don Julián le preguntó acerca de lo escrito en la última página, doña Lila se quedó callada. Después se acordó de que tenía que revolver la mermelada que se estaba cocinando a fuego lento, después protestó por la música moderna, después salió a ver si llovía. Después dijo que estaba cansada y

prefería seguir al día siguiente.

Al fin, cuando la pregunta sonó por cuarta vez, doña Lila decidió hablar. Antes de hacerlo, y por las dudas, buscó su pañuelito en el bolsillo del delantal de cocina.

Doña Lila habló y habló, recordó y recordó.

Y aunque la nieta de don Julián la escuchó con interés científico, no pudo evitar sonreír, pensando que el breve recorrido que había realizado una pequeña de pierna pálida por el pasillo del resentimiento le había dejado, aunque ella no quisiera admitirlo, algunas cicatrices.

LA ÚLTIMA PÁGINA



Cuando la nieta de don Julián, doctora, ensayista e investigadora, abandonó la casa de doña Lila, llevaba el cuaderno a rayas apretado contra su corazón. Entre todas, la última página, aquella que Lila había escrito llena de rabia y de vergüenza, era su favorita. Sobre todo por lo inconclusa. Nada hay más excitante, para una persona de ciencia, que una puerta entreabierta o entrecerrada; según quiera verse.

Sin dudas, lo poco que Lila había alcanzado a contar probaba que el resentimiento era un lugar del que nadie salía del todo ileso.

Abrió el cuaderno, y caminó muy despacio mientras releía. Ensimismada en su lectura no pudo notar que la gente debía apartarse para no atropellarla.

Leyendo descendió las escaleras del subte. Leyendo pagó su viaje en la ventanilla. Leyendo esperó a que se abrieran las puertas y leyendo se sentó de espaldas a los túneles. Zumbaron el tiempo y el espacio. Cuando alzó los ojos, vio que el vagón vacío se detenía en la última estación. Subió a la ciudad.

Quizás el Mapa Imposible fuera un sueño. Ojalá fuera un sueño, pensó la científica. Porque sabía que todo lo que en verdad importa había comenzado siéndolo: un continente al otro lado del mar, una nave que pudiese navegar por las profundidades marinas, la transmisión de mensajes a lugares remotos...

Aquella mujer transitaba las calles de la ciencia y, sin embargo, tuvo deseos de comer algo dulce.

—Buenas tardes. ¿Podría darme un peso de caramelos?

—¿Qué cosa? —preguntó el hombre como si no entendiera.

—Caramelos —repitió la mujer, y los señaló.

—Ah... ¿Usted se refiere a las fracciones ovoides de sacarosa y almidón? Sí, por supuesto.

El Mapa Imposible estaba conquistando un nuevo espacio, ganaba nitidez, crecía en fundaciones y en habitantes.

El Mapa Imposible, como cualquier otro, obra de soñadores, de navegantes y de desesperados.



Liliana Bodoc

te cuenta

Un mapa, cualquiera de ellos, es un entramado, una red de accidentes geográficos: montes altos y bajos, ríos caudalosos y ríos que apenas mojan las orillas. Un vasto espacio de desierto y, casi de repente, un bosque alto y verde. Mares poderosos que nos invitan a marcharnos. Valles extendidos que nos invitan a quedarnos allí para siempre.

¿Acaso no es así la vida humana? Y más aún, ¿no es así la adolescencia?

Pensando en eso escribí este libro, la historia de tres amigos y un barrio en el que intenté dibujar los contornos imprecisos y misteriosos del inicio de la juventud.

Siempre me pareció muy fértil esa época de la vida en que dejamos atrás la infancia... Soltamos la mano del niño que fuimos y, aunque nos esforcemos, aún no alcanzamos la mano del adulto que vamos a ser. Entonces nos sentimos solos, suspendidos sobre un abismo.

Una historia y tres protagonistas en los que repartí algunos rasgos que, en mi opinión y en mi recuerdo, son frecuentes en este tiempo de la vida.

Julián, con más jota que ninguna otra cosa, representa el desenfado, la osadía, la vitalidad.

Lila es la timidez, el temor al mundo.

Diego es el más apto para comunicarse con los adultos.

Tres protagonistas y seis pasillos que dan cuenta de distintas emociones.

El primer pasillo es el misterio de las siestas. Lloras en que el lobo duerme y los niños andan libres. La siesta que invita a explorar más allá de lo permitido. Más peligrosa, dicen algunos, que la mismísima noche.

En el segundo pasillo se encuentran la música y el amor. Dos cosas que arden y reúnen a su alrededor, igual que una fogata, a los bichos de la misma especie.

El tercer pasillo es para el juego. Porque los juegos son espejos de la realidad, el modo en que los niños aprenden a ganar y a perder.

Las separaciones en el cuarto pasillo, como un recordatorio de que, muchas veces,

los caminos se bifurcan de manera inevitable. Algunos niños crecen más rápido que otros. Hay aquellos que se demoran en sus juguetes, mientras otros se apuran en dejarlos.

El quinto pasillo tiene que ver con las amenazas reales o aparentes, pero siempre aterradoras.

El sexto es el camino del dolor, que siempre, un poco antes, un poco después, nos mira a los ojos.

Sosteniendo este mapa imposible, igual que los elefantes sostienen los mapas antiguos, están el diario de los exploradores y el caso del collar de botones. Palabras y acciones que tejen las vidas de estos tres personajes.

¿Se trata de un texto realista? No lo creo. Tampoco podría decir que El mapa imposible es un texto fantástico. Creo, más bien, que es un relato atravesado por el ensueño de la infancia y por la bruma del crecimiento.

Mapa de no lugares, aquellos espacios donde pasan las cosas realmente importantes: el amor, la felicidad, el miedo.

Cada persona es, de alguna manera, un mapa cambiante, poético, imposible.

Mapas con una crucecita roja para mostrar el tesoro que todos tenemos escondido y que hallarán los que sepan buscar.





LILIANA BODOC (21 de Julio de 1958, Santa Fe - 6 de febrero de 2018, Mendoza, Argentina). Residió desde muy pequeña en la provincia de Mendoza, y luego de algunos años en la Ciudad de Buenos Aires, se instaló en un pueblo en la provincia de San Luis.

Cursó la Licenciatura en Lenguas Modernas en la Universidad Nacional de Cuyo y ejerció la docencia algunos años. Gracias a su novela *Los días del Venado* (primera parte de la *Saga de los Confines*, una trilogía épica), editada en el año 2000 y merecedora de varios premios, su carrera como escritora cobró notoriedad. Su obra ha sido traducida a varios idiomas; es reconocida en Europa, Estados Unidos y América Latina por su poética destreza narrativa y el alcance de su universo fantástico. Se la considera una de las mejores escritoras fantásticas de las últimas décadas. Recibió distinciones por parte de IBBY, Fundalectura y ALIJA, entre otras. Su libro *La entrevista* fue seleccionado por White Ravens 2013. Un referente de la épica fantástica argentina.

[1] Esta vecina, cuyo nombre era Matilde de San Pietro, murió veinte años después que don Julián, y en pleno uso de sus facultades. Razón por la cual pudo dar testimonio de esta conversación, que, aun siendo tan insignificante, es una pieza más en la reconstrucción de los hechos. <<

[2] El cuaderno a rayas, un diario de aventuras que Julián y sus dos amigos escribieron siendo niños, resultó ser un documento de incalculable valor, que dio origen al CEDEMI (Centro de Estudios para el Desarrollo del Mapa Imposible). El cedemi fue fundado el día 2 de mayo del año 2071. La fecha de su fundación coincide exactamente con el centenario del nacimiento de don Julián, hecho que había tenido lugar en los suburbios de la ciudad de Santa Fe el 2 de mayo de 1971. <<

[3] Vale aclarar que el concepto «lugar» toma aquí un significado específico. El CEDEMI tiene por objeto de estudio aquellos lugares que no ocupan espacio, en el sentido tradicional que suele atribuírsele a esta noción. Hay lugares que tienen apariencia de juegos infantiles. Otros parecen el síntoma de una enfermedad. Otros, la sentencia de un juez. Todos ellos poseen características particulares, registros y comportamientos que no muestran regularidad. Esto ha impedido, hasta el presente, que los investigadores del CEDEMI pudieran establecer leyes universales para explicarlos. <<

[4] Los veranos santafecinos se caracterizan por sus elevadas temperaturas. Y en los suburbios de la ciudad capital de Santa Fe, durante las primeras horas de la tarde, la mayoría de los seres vivientes permanece al amparo de la sombra. <<

[5] Años más tarde, los investigadores del CEDEMI determinaron la existencia de indicios que anuncian la cercanía de un Lugar Imposible. La sábana voladora que los exploradores mencionaron en su diario debió de ser, sin lugar a dudas, uno de tales indicios. De más está decir que, por ese entonces, aquellos niños no estaban capacitados para reconocerlo. Y, mucho menos, para descifrarlo. <<

[6] Que nadie piense en mapas tal cual los conocemos. Es decir, que nadie piense en proyecciones cartográficas que reproducen sobre una hoja plana la superficie esférica de la Tierra, indicando sus contornos, extensión y accidentes geográficos. El Mapa Imposible será, cuando logre serlo, una matriz dinámica de relaciones espacio-temporales. Vale decir, un conjunto de datos y fórmulas que difícilmente pueda graficarse en su totalidad. <<

[7] Aquella leyenda en la pared era, al igual que los pájaros sábana, un indicio que indicaba la cercanía de un Lugar Imposible. En el presente, los investigadores del CEDEMI trabajan en la sistematización de dichas señales, procurando establecer relaciones regulares entre el tipo específico de los indicios y los lugares asociados a ellos. <<

[8] Carlos Alberto García Lange, mejor conocido como Charly García, fue un afamado músico de *rock*. Rastreado el material periodístico de la época, encontramos que se trataba de un artista con personalidad rebelde y excéntrica, capaz de bajarse los pantalones en pleno recital, o de arrojarse a una piscina desde un noveno piso. <<

[9] Recuérdese que estos sucesos ocurrían a fines del siglo xx. Más exactamente en 1982. <<

[10] Así nació lo que luego el CEDEMI llamó *Diario de los exploradores*. Documento que fue redactado, en casi su totalidad, por Lila. Sus mayores logros, en cuanto a conseguir la colaboración de sus amigos, fueron dos. A saber:

—La reproducción de lo que fue dicho por los habitantes de la adolescencia. Lugar, debe recordarse, en el que Lila no estaba presente.

—Participación en el juramento de silencio que aparece en la primera página, a cuyo pie figura el nombre de los tres exploradores junto a un manifiesto de valentía.

El *Diario de los exploradores*, algunas de cuyas afirmaciones hemos transcrito en este texto, contiene información valiosa, Información que es necesario separar de aquello que pueda ser resultado de las proyecciones psicológicas de una niña. <<

[11] La boda de Julián se realizó el día 21 de noviembre de 1999, cuando este contaba con 28 años de edad. Su única hija nació en el año 2004. Su única nieta, nacida en 2030, fundó el CEDEMI a la edad de 41 años. Es decir, justo un siglo después del nacimiento de su abuelo. <<